LMR

UN REENCUENTRO INDESEADO BAJO LAS LUCES DE DICIEMBRE

Christmas Shorts



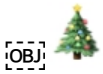
Un reencuentro indeseado bajo las luces de diciembre

LMR

© 2025 by Laura Moreno Romero.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en e ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita d los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquie medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, as como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Advertencia, novela de ficción, cualquier parecido con la realidad es una mer coincidencia.

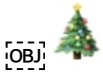


Canción elegida para Fiona Evil & Knøx R. Mortis
Have Yourself a Merry Little Christmas - Martina McBride
Preferiblemente, escuchar en bucle, a todo volumen.



Capítulo 1

Fiona



De niña, el desorden de mi habitación era tal que mis padres intentaron asustarme asegurándome que había una familia de ratones bajo tooodo el estropicio alrededor de mi cama. Supongo que no esperaban que emplatara taquitos de queso para mis nuevos compis de habitación.

Imagino que no fui una niña fácil.

Fijo que me viene por el apellido: Evil.

Se veía venir, ¿sabes lo que te digo?

Pero mi hermano mayor, Rówan, estaba ahí, en esa casa. Sip, justo en la habitación de al lado. Y aun así, pese a haber tenido *años* de pruebas de mis terribles ideas y desastres, me llamó a mí, A MÍ, para suplicarme que ocupara el puesto que su novata organizadora de bodas había dejado vacante al largarse abrumada por el caos de dicho evento que ocurrirá en Navidad. Es decir:

En.

Veinte.

Días.

Ahora siete, que ya llevo metida en esto dos semanas.

Me zambullo en el jaleo de la recepción del acogedor hotel reservado solo para nosotros, dejando atrás la nieve y todos esos preciosísimos rosales en su mejor momento.

Son de plástico. Es diciembre.

La recepción parece la guarida de Santa Claus. Villancicos, siete árboles de Navidad dorados, cuatro muñecos de nieve hechos de luces miles de cajas y cajas de regalos y un par de renos en movimiento de puro acero. *Excesivo, a mis ojos.*

—Buenos días, Tom. ¿Qué noticias tienes hoy para mí? —pregunto a mi mano derecha de ascendencia italiana y refinado bigote mientras sigo caminando hacia mi querido mostrador abriéndome paso entre la gente.

—No han llegado los cisnes.

—¿Y los patos?

—¿Patos, señora Evil? ¿Qué patos?

—No lo sé, ¿qué cisnes, Tom?

—Los que debían volar hasta el lago del jardín de atrás una vez cayera el atardecer el día de la boda. En principio venían desde Dakota del Norte, pero no han llegado.

—Se habrán quedado a hacer turismo por el centro del país —comento, pero Tom tiene pinta de estar sufriendo un aneurisma y me sabe mal tomarle el pelo—. Me ocuparé de los patos, descuida.

—*Cisnes*, señora Evil.

—Eso he dicho, tranquilo. Tómate una tila, ¿vale? Yo me encargo.

No culpo a Tracy (la organizadora a la fuga) porque Caroline Green (la futura mujer de mi hermano) es un pelín exigente. *Digamos que si yo puedo salir de casa con un zapato diferente en cada pie, ella sabe que su ramo de novia tiene una margarita con seis pétalos en vez de siete… estando el ramo en otra habitación.*

La hermana de Caroline, Elena, igual de rubia y canadiense que ella es su representante. Es quien me pasa tooodas sus dudas, preguntas apuntes y comentarios. *Tan maja.* El día que conocí a Elena le pregunté si tenían una tercera hermana llamada Bonnie Bennet. No entendió la referencia a *The Vampire Diaries.*

Es evidente que no vamos a ser amigas.

Llego a mi preciado mostrador, me pongo el pinganillo y enciendo el ordenador. Amontono todas las notas, papeles y comentarios que el resto de trabajadores han dejado en mi mesa en forma de pósits varios

y los guardo en el segundo cajón a mi izquierda cuando veo que e primero ya está lleno. *Alguien debería vaciarlo*.

Hallie, la luz de mi existencia, mi mejor amiga desde nuestro prime semestre de biotecnología en la uni, la misma que *siempre* se queda a ver los TikToks de gente pidiendo ayuda, se inclina sobre el mostrador me lanza una mirada intensa y pregunta:

—¿Te ha contado Tom lo de los cisnes?

—Sí, pero me ha dicho que eran patos. Has cancelado tú el envío ¿verdad?

—Pues claro —Hallie habla a través de su sonrisa, sin separar los dientes ni un poquito en plan *full cringe*—. Es diciembre, si esas dos perturbadas quieren que los cisnes naden, primero tendrán que rompe el hielo a picotazos y llámame antigua, pero un puñado de cisne muertos por hipotermia no quedará muy allá en las fotos.

—Me asombra tu talento.

—Ay, mi pelirroja, pues no debería —se echa vaho en las uñas y se lo limpia en el horroroso jersey navideño que le he regalado.

—¿Sabes si…? —dejo de hablar cuando *alguien* cruza las puertas de la sala en la que se celebrará la boda.

Y cuando digo *alguien* me refiero a *ese* hombre. Mi vecino de toda la vida al que hace más de un año que no veo. El mejor amigo de m hermano. Todos los clavos de mi ataúd.

Es *él*.

—*Jo-der* —susurra Hallie, que ha seguido la dirección de mis ojos.

Es el efecto que causan sus hombros kilométricos, que llenan la recepción como si la arquitectura se hubiera hecho pequeña de repente combinado con su cabello oscuro cayendo sobre su frente de forma despreocupada. Los músculos de guerrero, el porte de príncipe, la mandíbula de mafioso y la letal mirada de diablo, es el pack completo.

Ganó la lotería genética, pero no la de personalidad.

Contengo la respiración y trago saliva recordándome que no tiene buen corazón. Knøx R. Mørtis viene directo hacia mí y cuadro los hombros porque no pienso darle la satisfacción de salir huyendo. *A esto lo llamo yo un reencuentro indeseado bajo las luces de diciembre.*



Tengo cuatro años cuando el camión de mudanzas aparca delant de la casa de al lado, seguido de un coche familiar. Doy una palmadas de emoción. Mis padres van a saludar a los nuevos vecino y Rówan y yo vamos detrás. Obviamente. Es verano, así que no voy hacerle ascos a la posibilidad de tener nuevos amigos. Durante m breve experiencia escolar no he tenido mucho éxito en ese ámbito. So un poco bruta y torpe, así que lo que no se me cae, acabo rompiéndol sin querer.

Cojo las dos margaritas que he tomado prestadas de nuestr jardín y me presento. La pequeña Khära solo tiene dos años, per coge la flor y me sonríe. Me cae bien. Me acerco a su hermano, qu por lo visto es cuatro años mayor que yo, igual que Rówan.

—Soy, Fiona, encantada. ¿Has dicho que te llamas Knøx? —l ofrezco la flor con la mayor de mis sonrisas al que hace poco le h chocado los cinco a mi hermano de forma amigable.

Me mira un buen rato.

Tengo un ojo de cada color, así que me imagino es por eso.

Knøx traga saliva. Está tan quieto que casi parece una foto. Lueg desvía la vista hacia la flor.

—No me gustan las flores. —Se despide de mi hermano y se larg al interior de la casa.

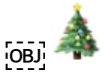
Pues vale.

No es hasta dos días después cuando nuestras madres ya se ha hecho amigas, que descubro que vienen desde Suecia y que el padre d la niña adorable y el crío antipático murió hace solo seis meses.



Capítulo 2

Fiona



—Vaya, fíjate lo que ha dejado caer el camión de la basura.

—¿Fiona? —suelta Hallie dándome un codazo discreto, ajena a qu este no es un huésped como cualquier otro.

—Hola, gremlin —dice con la voz grave que ha debido robarle Parca que hipnotizaba a sus víctimas para que cruzaran al otro lado.

Knøx recorre mi cara en un rápido vistazo, deteniéndose uno segundos de más en mi ojo izquierdo, el azul que ya no me molesto en ocultar con una lentilla marrón. Lo que me transmite no puede ser, en ningún caso, orgullo. *¿Verdad?*

—Reconozco que no esperaba verte aquí.

—Tu hermano se va a casar.

—Sí, eso he oído.

—Y yo soy el mejor amigo de tu hermano.

No se presentó al funeral de nuestra madre, hace un año y poco habiendo sido vecinos toda la vida. Mi hermano lo necesitab muchísimo y él no estuvo ahí. *¿Mejor amigo? Y unas narices.*

—Si tu lo dices. A mis ojos, no respondiste a la invitación de boda, lo cual significaba una negativa en cuanto a la asistencia —recrimino a su ojos del color de la hierba de Irlanda tras la lluvia, pero también con vetas claras, tirando a un turquesa imposible rodeando una pupila capaz de atravesarte hasta el hueso. Me encojo de hombros—. Hast donde yo sé, podrías haber estado de safari en África.

—En África —asiente tocando un borde del mostrador que voy a tener que desinfectar.

—O en la cárcel.

No responde de inmediato, alarga el gélido silencio tanto como puede.

Alguien tan puro como Hallie no puede soportar semejante hostilidad así que se larga con con andares rápidos mientras Mariah Carey canta su hit navideño por los altavoces.

—Los ingenieros informáticos suelen hacer sus safaris en primavera —baja la voz—. Y la gente rica nunca va a la cárcel.

—Pues te has quedado sin bolsa de caramelos, que lo sepas.

—Así que piensas dejarme sin mi fuente principal de alimentación —chista la lengua—. Allá tú con tu conciencia.

Nadie que es tan alérgico a las sonrisas como Knøx R. Mørtis sería capaz de bromear. ¿Por qué parece que acaba de hacerlo? ¿Y por qué me está mirando de esa forma? ¿Intenta hacerme desaparecer? ¿Convertirme en polvo?

—Me arriesgaré.

—¿Qué haces ahí detrás?

Puedo admitirme a mí misma que ese ligero acento nórdico siempre me ha resultado tan satisfactorio como abrir una camisa de botones de un solo tirón o encajar la última pieza del puzle justo donde toca.

—Estoy trabajando. ¿Y tu hermana? —tecleo en el ordenador sin prestarle atención, recuperando el control—. Estoy segura de que si la encantadora Khära no ha respondido tampoco a mis emails es porque tú la has obligado, ¿vas a intentar cargarte la boda de mi hermano Knøx? ¿Es a eso a lo que has venido?

Le miro cuado no responde. Debe ser el puto fin del mundo porque el impertérrito, inexpresivo y estoico Knøx R. Mørtis tiene una emoción dibujada en la cara. ¿De odio? ¿Enfado? ¿Furia? No soy capaz de descifrarla, pero hay algo seguro y no es bueno. Solía mirarme con esa misma intensidad hace no mucho tiempo.



Después de ver como Alec Dromich invitaba al baile de invierno a la arpía de Britney Simons, me siento con mi diario, reflexiono… Y me culpo. «¿Cómo he podido colarme de un tío tan tonto como para no ver a través de la bonita cara de Simons?», escribo con el rotulador magenta de purpurina. Decido bajar a la cocina a castigarme con unas galletitas de avena y Nutella, después de cantar All By Myself de Céline Dion hasta quedarme a gusto. Me doy un golpe en el dedo meñique del pie, pero no me lo tomo como ninguna señal.

—¿Se ha acabado ya el concierto? —pregunta Rówan, que ha vuelto de la universidad para las fiestas.

—Para que te enteres… —dejo de hablar cuando le veo sentado en el sofá, junto a Rówan.

No me considero una chica vergonzosa, pero llevo una mascarilla verde-alien en la cara, rulos rosas en la cabeza y un albornoz de piolín… Y los Evil no estamos solos.

Nope. Nuestro guapísimo vecino de toda la vida, el insoportable nórdico y sexy mejor amigo de mi hermano está en el sofá.

Mirándome. A mí.

Mi cabeza decide tener un flashback al año pasado, cuando siempre que caminaba por los pasillos del instituto y miraba a mi espalda, Knøx estaba ahí. A cierta distancia, pero ahí, con su gélida mirada penetrante. Al principio creí que era el instinto protector de mi hermano, pero Rówan no estaba siempre presente.

Knøx sí.

Pero desde que empecé en el instituto llevo una lentilla marrón en mi ojo azul y ser pelirroja empieza a no ser un defecto, ya casi nadie se mete conmigo.

—Se ha quedado sin palabras —dice Rówan trayéndome de vuelta a la cocina, a los rulos, a la vergüenza.

—Menos mal. Ese "concierto" parecía más bien el ritual de apareamiento de una gallina —comenta con esa mandíbula capaz de cortar cristal.

Dios, está más guapo que nunca.

—¿Qué haces tú aquí?

—He venido a ver a tu hermano —levanta el mando de la Xbox que tiene en su regazo.

—¿No lo tienes ya bastante visto? Estudiáis juntos en la NYU.

—Disculpa, ¿acaso estoy interrumpiendo tu crisis emocional con mi presencia? —pregunta sin dejar que nada se refleje en su rostro, es desquiciante.

—Pues sí, ¿puedes irte, Remy?

Paladeo la tensión que aparece cuando aprieta los dientes y reconozco que me eriza el vello de la nuca. Knøx R. Mørtis. Durante años creí que la R era de «rigor mortis». Le pegaría mucho. Pero resulta que tiene un segundo nombre, uno de ratón de cocina francés y lo odia. Probablemente tanto como yo lo odio a él.

—Puedo irme, sí —se apoya en el respaldo del sofá—. Pero no lo voy a hacer.

—Esta es mi casa, ¿sabes? Y tú eres el único Mørtis que es no es bien recibido aquí. Sloane o tu encantadora hermana, Khära, pueden venir cuando les plazca. —Esa chica me dejó su chaqueta cuando se me rompieron los pantalones en clase de gimnasia y estuve a punto de entrar así a la fiesta que Rówan había hecho en casa, de la que, por supuesto, no sabía nada.

Nunca hemos sido amigas, no sé por qué, pero me cae bien.

—Es cierto que mi hermana es encantadora. Siempre se le dibuja una sonrisa igual de encantadora cuando recuerda la vez que te quedaste atascada en un columpio infantil y tuve que ayudarte a salir. Tenías trece, ¿no?

Mis mejillas no arden, hierven. Me odio más a mí que a él por considerarlo mi héroe durante esos siete minutos y medio de pánico. Recuerdo haberle gritado a mi madre en la cocina «¡¿por qué siempre tiene que estar presente en mis peores momentos?!».

—Cinco, capullo.

—¿Capullo? Vaya, eso hiere mis sentimientos.

—¿Tú tienes de eso?

—Sí. De hecho, voy a tener que subir a cantar esa canción a tu habitación.

—Eres odioso.

—Y tú encantadora.

—Mira, Ratatouille…

—Vale, suficiente boxeo verbal por hoy —Rówan suelta su mando se levanta y me carga sobre su hombro, pero tengo el tiempo justo d imaginarme una sonrisa curvando los labios de Knøx Mørtis.

Porque me lo he imaginado otra vez, ¿verdad?

—¡Bájame, Rówan! —chillo, incapaz de lidiar con tanto bochorno.

—Venga, ardillita, no lo mates todavía que es el único amigo qu tengo —dice con voz cariñosa mientras sube la escalera.

—¡¿Y cuándo voy a poder matarlo?!

—No sé, en unos sesenta años.

—¡Entonces no seré yo, será la naturaleza!

Antes de perderlo de vista, Knøx murmura algo en voz baja que n alcanzo a entender, pero mi hermano sí, porque se ríe por lo bajini.

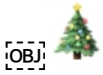
—¿Qué ha dicho?

—Que si alguien va a matarlo algún día, serás tú.



Capítulo 3

Fiona



—¿Va a venir tu hermana a la boda? —le repito despacio.

No contesta. Su respiración se ha vuelto irregular.

Rówan aparece en ese momento. No me pasa por alto la forma que tienen de saludarse. No es como si hiciera siglos que no se ven, como yo creía.

—Gracias por conseguirnos el catering, tío, va a ser increíble —dice poniéndole un brazo sobre los hombros.

¿Eso ha hecho?

—Hasta un reloj roto da la hora bien dos veces al día, supongo… —murmuro entre dientes decidida a no sentirme impresionada—. ¿Has venido a meterme prisa por algo, R?

—Verás, ardillita… —dice desviando la mirada de mí a Knøx—. Tío no os lo he dicho antes, pero… Os he pedido a ambos que seáis los organizadores de mi boda. Estas últimas semanas ambos habéis hecho un gran trabajo y me gustaría que colaborarais para que todo saliera bien en el día más importante de mi vida. ¿Lo haréis? ¿Por mí? Puede ser mi regalo de bodas.

Knøx y yo nunca hemos estado de acuerdo en nada, pero esta vez espero que me haga el coro cuando digo «por supuesto que no», pero lo que oigo es un «por mí bien». Le lanzo una mirada asesina envenenada.

—¿Te llamas Khära? ¿Te has vuelto más bajita y mucho más guapa de repente? Porque a menos que sea así no pienso trabajar con... *¿qué?* —pregunto cuando la cara de Knøx vuelve a ser expresiva y al mirar a mi hermano veo que está más pálido que la nieve que está cayendo en Chicago.

Knøx traga y sin decir ni una sola palabra, se marcha. Rówan maldice por lo bajo, se frota la cara y se revuelve con malestar.

—Mierda...

—Eh, ¿qué pasa? —Se me acelera el corazón—. Rówan, ¿estás bien? Me estás asustando.

Mi hermano me coge de la mano y tira de mí a una salita pequeña tras el mostrador que pone «solo personal autorizado», donde Hallie y yo solemos comernos los dónuts que mangamos de la cocina.

—Esto es culpa mía.

—¿El qué?

—Mierda, *mierda*. Tengo que hablar con Knøx —dice, pero le corto el paso cuando intenta largarse sin darme explicación.

—Deja de pasearte como un animal acorralado y habla conmigo primero. Soy yo, Rówan, puedes contarme lo que sea.

—Ya me había parecido que te habías escondido aquí —oigo decir a Elena al tiempo que la puerta se abre dándome un golpe en la espalda —. Si fueras la organizadora de verdad te recordaría para lo que se te paga, pero claro, ¡me da que vas a ser un ejemplo de que sin aliciente, el rendimiento de trabajo no pasa de mediocre! No pongas esa cara, era solo una broma. Hay que ver lo rápido que se ofenden algunas.

—Elena, ¿puedes esperar fuera un momento? Necesito hablar con mi hermano de...

—No puedo esperarte. Voy a llevarme a la novia a que se dé un tratamiento capilar muy necesario —mira mi flequillo y mis puntas abiertas con descaro—, no todas podemos beneficiarnos de unas tenazas. Era otra broma, ¿estás familiarizada con la ironía, Fi?

—¿Qué necesitas?

Me dice una tontería cualquiera sobre el champán de la cena de ensayo que está al caer, mientras yo oigo lo que hay detrás, lo que no dice «me perteneces, niña». Los Green tuvieron pasta hace un par de generaciones. Y hablo de una *buuuuena* cantidad de pasta. Ahora ya no

la tienen *(ni idea de por qué la perdieron, ¿malas inversiones? ¿Compraron muchas islas?)*, pero el snobismo y las maneras se les han quedado. Al menos a dos tercios de las Green.

—¿Cuál es el plan B, Fiona?

—¿Plan B?

—Por si el plan A sale mal.

El plan A era Tracy. Me gustaría pensar que yo soy el plan E y que mi hermano suplicó a otras personas con las que no comparte lazos familiares y que tras negarse, recurrió a mí.

—No será necesario un plan B, Elena, saldrá bien. —Le sonrío mientras ella a mí no.

«Hasta que acabe la boda, eres mi títere», es lo que me transmite la forma que lanza su melena rubia por encima de su hombro antes de largarse.

—Lo siento, ¿te está molestando mucho?

—Tranqui, Rówan, la tengo controlada. Oye, no te vayas por las ramas, cuéntame lo que ha pasado antes.

—¿Recuerdas que cuando mamá…?

Hablar de la muerte de nuestra madre, dos años después de haber perdido a nuestro padre, no es fácil para ninguno de los dos, así que le interrumpo.

—Sí.

—Dejaste la carrera de biotecnología pocos días después.

Sus palabras duelen como un navajazo entre las costillas. Solía pintarme las uñas de verde fosforito mientras leía estudios de Daisy MacAlister. Mi vena de lectora romántica se mezcló con mi pasión científica cuando descubrí que las dos mentes más brillantes del campo de la biotecnología eran marido y mujer.

—Rówan, ¿qué…?

—Y te largaste decidida a tomarte un año sabático para encontrarte a ti misma.

—¿Me estás recriminando que lo hiciera?

—*No* —me coge de las manos y sus ojos azules brillan tristes—. Por supuesto que no, Fi. Joder, yo no quería hablar con nadie. Casi me cargo mi relación con Caroline. Ni siquiera sé cuándo mierda voy a superarlo y soy cuatro años mayor que tú.

—Dudo que alguien esté preparado para quedarse huérfano, tenga la edad que tengas.

—Es cierto, pero debes saber que me alegró mucho que te eligieras a ti por una vez. Que dejaras de estudiar tanto para divertirte. Te lo merecías de calle. Y que Hallie se uniera a ti después de graduarse también me alivió, no quería que te pasara nada.

Tener su aprobación lo es todo para mí.

—Me alivia oír que piensas así, Rówan, pero si no es eso, ¿entonces qué es? ¿Qué pasa con Knøx? ¿Y por qué estás así de nervioso?

—Khära tuvo un accidente de coche.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Por eso no está aquí ahora? ¿En qué hospital está ingresada? —Ahora soy yo la que se dirige a la puerta y él quien me frena.

—Fue el día que el cáncer de páncreas mató a mamá.

—¿…qué?

—No te lo dijimos porque no queríamos empeorar las cosas. Yo estaba con Knøx cuando recibió la llamada de su madre, Sloane.

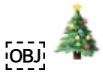
—¿Qué le pasó a Khära? ¿Está bien? ¿Va a venir a la boda?

Rówan me aprieta las manos.

—Fi, Khära murió en el hospital esa misma semana.

Capítulo 4

Fiona



Camino rápido en busca de un ascensor que me lleve a la azotea donde pueda llorar a gusto hasta desahogarme, pero lo cierto es que el pasillo desértico en el que estoy va a tener que valer. La culpa y la pena me usan de saco de boxeo.

Me apoyo en la pared, me agacho sintiéndome como una mierda. Estoy temblando, llorando a moco tendido cuando un pañuelo aparece en mi visión periférica.

Alzo la vista y veo a la última persona que quiero encarar ahora mismo.

—*Knøx*.

—Cógelo.

Sacudo la cabeza porque no me lo merezco. Hay algo que mi hermano no sabe. Algo terrible que hice la noche antes de largarme a Asia de viaje. Con un solo vistazo sé que Knøx está recordándolo también.



Llamo a su puerta empapada, llorando, y me importa un comino que me haya caído el puto diluvio universal encima. Me volveré loca si no hago esto antes de subirme al taxi.

—Fiona —dice y estoy tan destrozada que no me doy cuenta de tres cosas: que lleva una bolsa llena de ropa colgada al hombro, que tiene la cara ensombrecida de cruda tristeza y que, por primera vez en la vida, Knøx me ha llamado por mi nombre.

—He soportado tus desprecios durante años, que me detestaras sin que yo te hubiera hecho nada. Pero nunca te perdonaré lo que le has hecho a Rówan. Eres una mala persona.

—Fiona.

—¡Se ha muerto nuestra madre, imbécil! ¿Y tú…? Tú no has estado ahí —el sollozo me sacude los hombros—. Tu madre trabajaba hasta tarde y tú te quedabas en nuestra casa tanto como querías, ¡y también Khära! ¿Pero a ti qué te pasa? Si no podías estar ahí por Rówan, por tu puto mejor amigo, ¡deberías haberlo hecho por respeto a mi madre! Eres… Tú eres… Voy a odiarte el resto de mis días.

Me largo de allí sin esperar explicación.

Sé que tampoco me la daría.



—Lo siento —digo poniéndome en pie, intentando mirarle a la cara a través de las lágrimas.

—Creí que Rówan te lo había contado tras volver de tu viaje. Me dijo que lo haría.

Sacudo la cabeza. *No lo hizo*.

—Tu madre vino al funeral, Knøx. Vino a darnos el pésame y algo de comida mientras su hija…

—Yo estuve con Khära en el hospital. No la dejamos sola en ningún momento.

No me lo pienso, me lanzo a sus brazos y lo rodeo con fuerza sin dejar de llorar. Él pone una mano en mi espalda y mi estúpido corazón en mitad de ese torbellino de emociones dolorosas, se salta un latido por una razón completamente distinta.

—Estoy muy enfadada con todos vosotros, ¡debisteis decírmelo!

No responde, como si no estuviera de acuerdo, pero tampoco quisiera discutir.

No sé cuánto tiempo estoy empapándole la camisa del traje, pero sin importar cuánto sea, él no se queja. Se limita a poner una de sus inmensas manos en mi pelo y solo ahora me doy cuenta de que Knøx R Mørtis está abrazándome.

—Deja de llorar así —pide en un tono que parece de súplica.

Me sacude por dentro. Me aparto lo suficiente para mirarle a los ojos.

—Lo siento muchísimo, Knøx.

—Eso ya lo has dicho, gremlin.

—Dios, ¿cómo voy a encarar a tu madre cuando venga a la boda? –me tapo la cara avergonzada—. Debe despreciarme.

—Ella tuvo la idea. Eras solo una niña.

—Tenía veintiuno, no era ninguna niña.

—Eras muy joven para haberte quedado huérfana. No era justo que tuvieras que lidiar con algo más.

—¿Cómo puedes hablar así del tema?

—¿Así cómo?

—Tan entero.

—He tenido más de catorce meses para lidiar con la muerte de m hermana pequeña, Fiona. No va a dejar de dolerme nunca, pero… Lo he asumido.

—No deberías. Ni tampoco haber tenido que asumir la de tu padre —Pero la vida no sale nunca como debería o mi hermano tendría a nuestros padres en un momento como este.

—Ya vale. —Su mano alcanza mi mejilla para apartar las lágrimas y no te miento si digo que esta es la segunda vez en toda mi vida que Knøx me toca.

—¿Hay algo que pueda hacer para enmendar…?

—Rówan dice que has conseguido al grupo de música que Caroline quería. ¿Es cierto?

—Sí.

—Bien, pues ayúdame a organizar la boda de tu hermano y estaremos en paz.

—Vale, pero… tú me odias.

—Creo que podré soportarlo —una leve sonrisa curva sus grueso labios, luego encoge un hombro—. Además, falté al funeral de su

madre. Digamos que le debo una.

Capítulo 5

Knøx





Acostumbro a hacer mis deberes con la ventana abierta, pero hoy llueve y no me concentro con el ruido. Salgo al porche, escojo una esquina y coloco mi libro de matemáticas contra la barandilla haciendo maniobras para que no se moje.

A partir de entonces, nada de lo que tecleo en la calculadora da error. El aire libre me pone contento, hace que me olvide de mis preocupaciones, de todo lo que podría salir mal.

—Knøx, cielo, ¿qué haces aquí fuera? —pregunta mamá, que aparece un rato después de que acabe.

—Deberes —digo pasando un par de páginas del libro—. ¿Necesitas que vaya a hacer algún recado?

—No necesito nada y aunque lo hiciera, como no te deje una barca… —sonríe y yo también. Mi madre es guapísima cuando sonríe —. ¿Estás preocupado por tu hermana? Chiquitín, no hay razones. Ella no tiene la misma enfermedad que tenía papá, solo está resfriada. No tienes que tener miedo.

—No lo tengo —digo aunque un poco sí.

Su mirada se desvía hacia la casa de los Evil mientras me acaricia el pelo.

—Caray, Fiona tiene unos buenos pulmones para tener solo ocho años. Canta muy bien, ¿verdad, hijo?

—Solo es un gremlin. —Me encojo de hombros y sigo pasando páginas.



Salgo de mi despacho provisional, que puede o no que antes fuera el almacén de los productos de limpieza del hotel *(no quiero hablar de ese tema)* y voy a buscarla.

A Fiona.

La mujer que ha conseguido que un noventa y nueve por ciento de los invitados nos escriban sus alergias alimenticias, facilitando así el trabajo que el personal de cocina tendrá que llevar a cabo el día de la boda. Ahora tengo que recolocar a algunos invitados y para eso necesito su ayuda. Todavía no tengo claro cómo voy a pedírselo.

—…y sobra decir que no estáis invitadas. Incomodaríais a las amigas de la novia. Y más te vale acabar rápido, que Caroline ya debería estar en el spa. No, no te vayas todavía. El otro día te pregunté si tenías un plan B y cuando dijiste que no, imaginaba que tendrías un mínimo de control de la situación. Si es así, ¿por qué no respondes a ninguno de mis múltiples mensajes? ¿Hay algo con relación a ti que no vaya a causarme dolor de cabeza?

Oigo la voz de Elena al salir de la escalera y quiero pedirle que cambie el tono en cuanto veo con quién está hablando.

—No me funciona bien el auricular, Hallie está intentando arreglármelo —responde Fiona con una sonrisa.

Tiene la cara, las manos y el gracioso jersey navideño manchados de algo verde.

—Esto es importante, ¿sabes? Mi hermana no va a volver a casarse nunca más.

—Lo sé, vamos a hacer tod-

—¿Tu problema para acatar órdenes te viene porque tienes el cerebro igual que los ojos? ¿Hay algo en ti que encaje, Fiona? Menudo desastre. Deberías haber dicho que no podías con esto si ibas a ser una incompetente.

—No eres mi jefa, Elena. No te debo nada —dice con educación tajante—. Quizá debería tener menos en consideración tus sugerencias para que entendieras que son solo eso. Sugerencias.

Joder, sí. Sí.

Elena aprieta los puños a cada lado de su cuerpo cuando Fiona se mete en el ascensor con la cabeza bien alta y se marcha. Saca el teléfono cuando cree estar sola en el pasillo y se lo lleva a la oreja.

—Vas a tener que quitarla de en medio. No lo sé, enciérrala en algún armario si es preciso, pero que no s-

Pasan muchas cosas a la vez. La siguiente palabra de Elena se la suelta al aire, porque su móvil ahora está en mi oreja. Pregunto con quien hablo y el «yo... yo... yo...» ya me permite reconocer a Anneli. Es camarera, una de las más jóvenes y al parecer, sobornables. Hablaré con ella, pero no ahora, ya que nuestra red de comunicación se hace añicos cuando estampo el teléfono de Elena contra la pared a mi derecha.

—¡Knøx! ¿Pero porqué...? ¿Es que te has vuelto loco? —se lleva una mano al pecho, escandalizada.

La misma mano que me ha puesto en el bíceps en cada conversación que hemos compartido desde que llegué aquí. Todas girando en torno a mi empresa, mi dinero o similares.

Veo sus ojos azules idénticos, su nariz perfecta, sus capas y capas de maquillaje y siento lástima por alguien que se ha pasado la vida intentando buscar los problemas fuera.

—Mi regalo de bodas para los novios es la estancia en este hotel Elena. La suya y la de todos sus invitados. Lo cual significa que soy yo el que decide quién cruza las puertas y quién no. Si no quieres perderte la boda de tu hermana, más te vale no volver aquí hasta la noche y cuando lo hagas, que sea dispuesta a pedirle perdón a Fiona. —Le pongo los restos de su teléfono en la mano y me largo a hablar con Anneli.

Se pone a llorar, asegurándome que Elena la había amenazado y me ofrece el dinero que le dio como soborno. Decido no despedirla. Aunque era mi plan, no me salen las palabras. *Debo estar incubando algo*.

Al acabar vuelvo a buscar a Fiona. Pienso en el tatuaje de las fases lunares que se hizo tras la muerte de su padre, el que ocupa todo su antebrazo izquierdo.

Le favorece. También se lo había manchado de verde. No ha cambiado nada desde que era pequeña, las apariencias siguen importándole una mierda.



He quedado con Rówan para ir en bici hasta el muelle, pero a salir de casa, no es al Evil que me encuentro primero. En el jardín vecino, hay una especie de puesto ambulante con un cartel de «todo a un dólar» y detrás de este, está la niña de diez años que peor me ca de todo Chicago.

—¿Qué haces, gremlin?

—Vete.

—Pues respóndeme.

—Vendo mis cosas, ¿vale?

—¿Por qué? —agarro un ridículo sombrero verde que le he visto puesto miles de veces y ella me lo quita de un tirón.

—Todas las niñas de mi clase tienen unos patines que yo también quiero. Mi madre me ha soltado una charla sobre la importancia de ganarse el dinero y ser una mujer independiente, así que vendo cosas ¿vale? Ahora vete, hoy no quiero que me molestes —sorbe por la nariz cruzándose de brazos.

Le borro el cartel con la mano y cambio el precio a cuatro.

—¡Eh! ¡¿Pero qué haces?!

—Estás perdiendo dinero. Estas cosas valen más de un dólar —y aunque las vendiera todas, no tendría suficiente para unos patines.

—Ya lo sé, pero cuando tenía el cartel de cinco dólares nadie se acercaba.

—¿Y no tendrá algo que ver que la niña que los vende esté llorando a moco tendido?

—¿De verdad valen cuatro dólares? —pregunta una cría de la mano de su madre, ilusionada, cogiendo un montón de pulseras rosas

Fiona se empeña en sonreír y asentir, e incluso les da las gracias cuando se marchan, pese a que el río de lágrimas no se reduce. Noto un repentino dolor de estómago. Lo ignoro y cuando Rówan sale de casa, nos largamos al muelle.

Mi amigo está cabizbajo todo el trayecto. Le doy un golpe a su manillar y muevo la cabeza hacia uno de los barcos. Buscan personal para limpiar la cubierta. A Rówan se le ilumina la cara.

—Si trabajo durante cuatro horas…

—Con dos bastará si somos dos —le digo y empiezo a pedalear.

Al principio nos ponen pegas por ser demasiado jóvenes, pero les convenzo de que tengo dieciséis gracias a haber dado ya el estirón.

Nunca en mi vida he visto a nadie limpiar con tanta alegría como Rówan. Ni a nadie reírse tanto como nosotros dos.

Salimos de allí tres horas después, sudados, sucios y oliendo a pescado podrido.

—No le digas a Fiona que he ayudado.

—¿Por qué no?

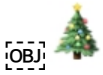
—Porque no.

Se encoge de hombros y vamos a por nuestras bicis.



Capítulo 6

Fiona



—Creía que ya habían llegado todos los invitados —dice Hallie quitándose la arcilla verde de la mejilla—, ¿de dónde han salido estas pijas?

—Amigas de Elena —digo pensando en la habitación doce, todavía vacía.

Sloane.

—Cualquiera diría que la que se casa es ella.

Hallie y yo salimos de la zona de spa llena de vapor donde va a tener lugar la despedida de soltera de la novia. *Esa a la que Elena me ha dejado claro que no somos bienvenidas*. Paramos dos minutos en nuestras habitaciones, ella para asearse y yo... para *otra* cosa. Luego repartimos el recordatorio de la inminente cena de ensayo, con sus respectivas flores.

Antes me encantaban, como a todo el mundo, pero el día del funeral de mamá, nos llenaron la casa de ramos. Recuerdo entrar en el salón y ver todo ese despliegue de... *las odio*.

—¿Sabes algo de los adornos florales de la ceremonia, Fiona? Los del altar —pregunta Caroline cuando nos topamos con ella de cara.

—Hola a ti también —murmura Hallie.

—Perdonad, hola chicas. ¿Sabéis algo?

Se me encoge el estómago viendo lo oscuras que están sus ojeras Tiene el pelo revuelto, cara de no haber comido en horas, la vena de la frente a punto de estallar y no parece recordar que su despedida empieza en dos minutos.

—¿No habíamos quedado en que nada de organizaciones secretas? —le quito el pinganillo.

—Pero… espera, tengo… un segundo… ¿me devuelves…?

—No.

—¿Puedes decirme al menos si han llegado?

—Han llegado los tulipanes y son todavía más preciosos de lo que esperábamos, pero el camión de reparto de los claveles tuvo un incidente y dadas las fechas, no pueden hacer nada a tiempo. —A medida que se lo cuento sus cejas se convierten en un tejado a dos aguas y me da lástima, joder, es su boda—. Lo siento. Mira, no puedo prometerte que vaya a salir todo bien. Con el poco tiempo que tenemos de lo único que podemos estar seguras es de que va a haber muchos imprevistos.

—¿La charla mejora en algún momento? —pregunta Hallie por lo bajini.

—Caroline, te prometo que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que la mayor parte de tu lista de deseos se cumpla, pero… —colisiona contra mi cuerpo.

El abrazo es tan fuerte que solo puede ser sincero.

—Soy muy perfeccionista conmigo misma —dice con las lágrimas agarrándose a su voz—. Mi madre nunca me consideró lo bastante lista ni lo bastante guapa y he crecido creyendo que todas mis cosas deben ser perfectas para compensar mis defectos. Pero te prometo que lo único que quiero es casarme con tu hermano, Fiona. Lo haría en chándal y con anillos de gominola.

—Di eso en los votos —propone Hallie mientras yo me aparto de Caroline y le limpio las lágrimas intentando no derramar las mías.

—Es solo que… —continúa—, mi madre llegará en unas horas y no quiero que me arruine el día con sus quejas. Sé que me quiere, pero puede resultar abrumadora.

—En ese caso, es una suerte que ese día dos locas no vayan a dejar de entretenerla.

—Dalo por hecho —corrobora Hallie.

A Caroline le brillan tanto los ojos que al final voy a llorar yo también. La empujamos hacia el spa y nos pide que la acompañemos. No podemos, pero aprecio mucho el gesto.

—Ve con ella —le digo a Hallie al quedarnos solas.

—¿Qué dices? Pero si vamos a pasarnos el rato colocando velas y doblando servilletas para la cena de mañana —me pone un brazo sobre los hombros.

—Está claro que Elena es una versión de la madre 2.0. Si vas con ellas podrías asegurarte de que Caroline se relaja y de paso cuidarte tú también este cutis caribeño tan bonito que tienes —le aprieto las mejillas hasta que se carcajea.

—¿Deberes de spa? Eres la mejor jefa de todas —me da un sonoro beso en la mejilla, me pasa las invitaciones y las flores, y luego se marcha a la carrera.

Al girarme me topo con un muro de hormigón o lo que es lo mismo los pectorales de Knøx R. Mørtis. Me agarro donde pillo para no perder el equilibrio y le mancho el traje de maldita mascarilla verde.

—Lo... Lo siento.

—Eso que has hecho ha estado muy... —su tono era alegre, pero deja de hablar cuando alzo la vista hacia sus ojos y ve los míos. En concreto el izquierdo, en el que llevo una lentilla desde hace poco—. Quítatela.

No estoy orgullosa de lo que he hecho después de hablar con Elena pero me irrita que él se crea con derecho a tener una opinión tan abierta de un tema que no le incumbe.

—Te he manchado, perdona, no era mi intención.

Me mira unos buenos segundos. Ahora es evidente que está cabreado.

—*Fiona*.

No estoy sintiendo un tirón eléctrico, ni un calambre, en la parte baja del estómago al oírle decir mi nombre. Ni. De. Puta. Coña.

—¿Es que tienes que ir siempre en contra de lo que quiere todo el mundo? —pregunto bajito, mirando a cualquier otra parte que no sea él.

—¿Y qué coño importará «todo el mundo»?

La corta barba que decora su mandíbula me roza la mejilla y solo entonces soy consciente de lo cerca que estamos. Retrocedo dos pasos le digo que tengo trabajo y espero que se largue. No funciona.

—Te pagaré la tintorería. Aunque es aceite, puede que no se quite Lo siento mucho, te compraré otro, ¿vale?

—No hace falta.

—Sí, la hace —insisto un par de veces más y cuando deja caer e precio de dicho traje casi me desplomo—. ¿Estás de broma?

Se inclina y baja el tono.

—No sé qué nivel de éxito crees que he alcanzado, gremlin, pero juraría que me estás subestimando.

Me disculpo otra vez. Tengo dos objetivos: poner distancia y largarme. Si es así, no entiendo cómo acabo en uno de los armarios de provisiones con él. Me ha ayudado a repartir invitaciones en los pequeños buzones navideño de las puertas de los huéspedes... por voluntad propia. Ya sé que la organización de la boda es cosa de los dos pero sigo en shock.

—¿Cuándo planeas volver a estudiar?

—¿Cómo sabes que quiero volver?

—Por favor —resopla y si no fuera tan estoico pondría los ojos en blanco.

—¿Qué?

—Siempre has sido tan rata de biblioteca como desordenada —esto no lo dice como un insulto, casi... casi suena a halago.

Incluso lo de desordenada.

—A mitad del mes que viene. Es decir, estaría bien, aunque todavía no lo he decidido.

—Hazlo.

—¿Por qué todo lo que dices suena a orden? Sabes que no eres mi jefe, ¿verdad?

Aprieta los labios y, que me parta un rayo, Knøx parece estar aguantándose la sonrisa.

—La costumbre.

—¿Eres el jefe de alguien?

Ahora sí se ríe. Es una carcajada breve, pero se agarra a la estantería como si fuera el mejor chiste que le han contado en su vida. Debe haber

sido una vida muy triste.

—Perdona, sí. De alguien, sí.

Las ganas de preguntarle más me pican en el cielo de la boca. Po supuesto, no lo hago. Debo darle un tirón muy fuerte a la puerta de cajón, porque me quedo con el pomo en la mano. Tengo un flashbacl desagradable a cuando me cargué la muñeca de una compañera d clase por peinarla demasiado fuerte. A cuando ser pelirroja apellidarme Evil eran motivo de burlas.

Empiezo a coger las velas para los centros de mesa que iba preparar con Hallie. Esta vez Knøx no me ayuda, así que voy a tardar l mío. *Estupendo*. Su teléfono suena y él lo saca del bolsillo para contestar y… no, no contesta. Le quita el volumen y me vuelve preguntar sobre la carrera. Después sobre si sigo leyendo todos eso libros de romantasy.

—¿Sabías que los leía?

—Siempre tenías alguno en las manos.

Pasan los minutos y me doy cuenta de lo cómoda que estoy aquí con él, en estos escasos diez metros cuadrados. Tan cómoda, tar cómoda, que creo que voy a morirme de un infarto repentino múltiple.

—Sigues siendo tan torpe como lo eras de pequeña —dice cuando s me cae una segunda vela y por segunda vez, él la recoge al vuelo.

Odio que no lo diga con un insulto, ni mirándome por encima de hombro, que lo diga en plan «te conozco desde hace mucho».

—¿Por qué eres majo conmigo?

Tensa la mandíbula un segundo, como si acabara de darse cuenta d que lo ha sido y estuviera recriminándoselo a sí mismo.

—¿Por qué pareces asustada de que lo sea?

—Te conozco. Eres cruel. Me gustaría que dejaras esta falsa fachad a un lado y enseñaras tus cartas.

—¿Cruel?

—Sí, cruel. Yo siempre fui muy simpática contigo y tú me cerraste l puerta en las narices cada una de las veces.

—Recuerdo alguna que otra amenaza de muerte.

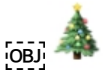
—Está bien, quizá no *siempre*. Pero tienes que admitir que no era un niño muy agradable… conmigo. Con Rówan sí, incluso te reías. A m

rara vez me hablabas y siempre tenías esa mirada.

—¿Qué mirada? —Volvemos a estar muy cerca el uno del otro pues lo único que veo son las vetas turquesas de sus ojos.

Capítulo 7

Fiona



—Como si quisieras desintegrarme —admito empujando las palabras a través de mi garganta, que se estrecha por segundos.

Igual que mis pulmones, a medida que su olor amaderado entra en mi cuerpo.

—Lo siento.

«En shock» no haría justicia para lo que siento al oír esas dos palabras procediendo de él. Ni a lo mucho que me está costando concentrarme en el montón de palabras que vienen después de la disculpa.

«La ausencia de mi padre no fue fácil para mí» dice.

Resulta que admiraba mucho al mío.

—¿Ha-hablas en serio?

—Puedes preguntárselo a Rówan.

Sacudo la cabeza porque quiero que me lo cuente él. Y lo hace. Por lo visto mi padre los llevó al béisbol más veces de las que yo era consciente. Y también fue a buscarlos a comisaría una noche, eso sí lo sabía.

—Lanzar huevos podridos a la casa de un profesor manchó tu expediente para siempre.

—Valió la pena. Se jubiló ese mismo año.

El señor Badalis. Era agresivo, violento incluso. Se cargó una pizarra en mitad de clase porque un niño llamado Dylan Doughnut no había traído los deberes hechos. Siempre parecía a un estornudo de distancia de pegar a alguien.

—El Robin Hood de la enseñanza —le pincho—. ¿Mi padre se enfadó mucho contigo?

—Nos llevó a tomar helado, así que diría que no.

Oigo mi risa. Siento un aleteo agradable al escuchar a alguien hablar con tanto cariño de mi padre, a quien yo también quería mucho. No siquiera me doy cuenta que estamos en el ascensor y que es él quien carga con tres de las cuatro cajas de velas y servilletas.

Planeaba alejarme de Knøx en cuanto tuviera oportunidad, pero al llegar al salón y empezar a montar las servilletas con forma de rosa y colocar las velas en el centro de mesa, ya no me acuerdo. Debo estar despistada porque tampoco me fijo en que le pide al resto del personal que continúe con sus demás quehaceres, que nosotros nos encargamos de preparar la sala. Alguien cierra la puerta tras de sí y nadie vuelve a abrirla.

Es terrible lo eficiente que somos, terrible lo poco que vamos a tardar en acabar. Tal vez en una hora o dos. *Terrible es que eso me parezca poco.*

—Dices que no te gustan los gatos, pero tienes tres. ¿Es porque eres sueco? ¿A los nórdicos no os va lo de decir la verdad?

Me lanza una mirada envenenada monísima, como cada vez que saco lo de que es sueco.

—Mi madre tiene un gato y tu hermano tiene dos, y por lo visto ambos creen que soy la persona perfecta para cuidarlos mientras se van de viaje.

El arañazo que asoma de su cuello dice mucho sobre la relación con dicho trío gatuno. No puedo dejar de reírme. A él no parece importarle que encuentre sus desgracias tan divertidas. Saltamos de un tema a otro sin parar.

—No tenía ni idea de que las bodas pudieran ser tan estresantes.

—Ya, yo no pienso casarme nunca —espero que se ría, pero no lo hace.

Supongo que sería pedir demasiado, al fin y al cabo: es sueco. Me pregunta sobre mi viaje y vuelve a hacerme eso. *Eso* que hace de sacarme toda la información que le da la gana, como si fuera del FBI.

—¿Camarera?

—Sí, un par de semanas, aunque fue para conocer bien la zona. La verdad que Tailandia fue bastante asequible para mi bolsillo, por eso me quedé más tiempo.

—¿Te ayudó? —pregunta y sé a qué se refiere.

—La veía en todas partes. Lloré mucho los primeros cuatro meses Hallie, mi mejor amiga…

—Sé quien es. Fue contigo, ¿verdad?

—S-sí, unos meses —digo sorprendida de que Rówan le contara algo.

¿Salió como un comentario cualquiera en una de sus conversaciones o Knøx preguntó expresamente?

No me escondo, en el breve momento que voy al baño, abro internet y escribo su nombre en el buscador. Descubro que es el creador de una famosísima app de inversiones y el CEO de su propia compañía. Me caigo al suelo del impacto. Luego me deshago de mi estúpida lentilla y él no hace ningún comentario cuando me ve, lo cual agradezco. Aunque resulte evidente que se fija. *¿Por qué se fija? ¿Por qué mi cabeza no para de repetir la forma en la que me ha dicho «quítatela»?*

Me doy cuenta de que Knøx no ha avanzado nada en mi ausencia. Imagino que habrá estado ocupado quitándose la chaqueta y remangándose la camisa y… *dios*. Trago saliva. *¿Qué? No soy de piedra*. Quiero decir, estuve colgada por él toooooda mi adolescencia. Aunque eso diga muy, *muy,* poco sobre mi gusto en hombres, la persona que tengo delante es distinta a ese Knøx. No hay miradas hoscas, no parece detestarme, pero… Sigue siendo el hombre más guapo que he visto nunca.

Tiene los labios carnosos más besables del universo, una mirada que te sacude los huesos y un cuerpo salido de un maldito sueño erótico.

Además, su sentido del humor, *algo que no sabía que tenía,* lo hace mil millones de veces más atractivo. Lo cual, si me preguntas a mí, ya es abusar.

—¿Fiona? ¿Pasa algo?

Sí, que pronuncias mi nombre con el tono con el que imagino qu los suecos declaran la guerra.

—¿Por qué no me has dicho que eres rico y famoso?

—¿Lo soy?

—Sí, tu app al menos.

Sonríe de manera torcida como un niño al que le reconocen un buena obra y no quiere presumir, pero secretamente está mu orgulloso. Me muerdo el labio cuando me muero de ganas de decirl que *yo* estoy orgullosa. De acariciarle el pelo como a un buen chico Sentarme en su regazo y anclarme a su cuello. Que me lo cuente todo.

A medida que hace hincapié en la seguridad de sus clientes y su ahorros, me doy cuenta de que es de esa clase de persona que conoce e nombre de todos y cada uno de ellos.

—¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Mary-Jane, quería que sus dos hijos fueran a la universidad. S ex-marido, bueno, digamos que no quiso hacerse responsable y hací muchos años que estaba sola. Por desgracia, solo con su trabajo d limpiadora no iba a conseguir lo que quería.

—¿Cómo es posible que...? Quiero decir, ¿por qué arriesgaría su ahorros alguien que tiene pocos?

—Después de graduarme en la NYU, fuimos vecinos un tiempo Confiaba en mí. A decir verdad, le habría dado su dinero de mi bolsill de incurrir en pérdidas, no podía permitirse perder nada.

Sé hasta en la última fibra de mi ser que lo dice en serio. No sol porque parece admitírselo a sí mismo y que yo solo estoy siendo un invitada en sus confesiones. Sino porque no presume. De *nada*. Y e evidente que tiene *mucho*.

—Pero no perdió —admito.

Otra vez la tímida sonrisa orgullosa. *Dios. El corazón me va a mi por hora.*

—No, no perdió.

Nos miramos. Durante un largo instante ninguno coge otra vela, n otra servilleta, ni cambia de mesa. Me está mirando a los ojos cuand caigo en que nunca he visto desprecio en los suyos en cuanto a mi rarezas.

—Es la última —dice y al principio no lo entiendo, pero ahí está la razón por la que él no se ha movido: hemos terminado.

La decepción me envuelve en su telaraña y estoy lista para que me engulla. Habla de que va a dedicarse a pensar dónde sentar a los invitados mañana por la noche en la cena de ensayo.

—Necesitaría tu ayuda.

—¿Mi ayuda?

—Tú conoces a más amigos de Caroline que yo.

Es cierto, soy muy charlatana y bastante buena recordando nombres.

—Sola hubiera tardado mucho más en acabar esto, supongo que a cambio de tu ayuda, puedo prestarte mis servicios un rato. —Hago una reverencia, me siento increíblemente ridícula mientras la hago y justo después. Carraspeo—. ¿Dónde tienes tu portátil?

Llegamos a su despacho. Es mucho mejor que mi mostrador, así que mi enemistad hacia él vuelve a resurgir. Para empezar, tiene puerta. *Snob*. Para seguir, huele a detergente de limón. *Menudo pijo*. Y encima tiene silla. *Acabáramos*.

—Podemos ir a otra parte, si quieres —dice y parece nervioso, como si de verdad estuviera haciéndole el favor de su vida con esto.

—Aquí estoy muy bien —digo robándole el portátil colocándomelo en las piernas al tiempo que me siento en su mesa.

Él se queda con la espalda pegada a la puerta, frente a mí. Lo normal sería que me sintiera claustrofóbica o intimidada por el tamaño de su cuerpo. Pero no es así. *Ay dios, ¿dónde me estoy metiendo?* Knøx alza la vista del suelo y me pilla mirándole.

—Me gustan tus gráficos —digo con tal de llenar el silencio.

Él no responde. Es un fastidio porque en un par de minutos descubro que Knøx ha hecho una colocación perfecta. Muy similar a la que me facilitaron los novios, con pequeños ajustes que no convertirán la cena en algo problemático. Lo cual significa que cada uno va a largarse por su cuenta en cuanto se lo diga.

—¿Hay algún problema? Tienes el ceño muy fruncido.

Su voz está más cerca. Ya no está en la puerta. Mira la pantalla del portátil desde las alturas. Me muerdo el labio inferior al sacudir la cabeza y es allí a donde caen sus ojos.

Me aparta el pelo de la cara y me roza la mejilla con los dedos.

No respiro. Me imagino que él tampoco lo hace.

Me percato de que me ha quitado *lo único* que me ayudaba a sobrellevar la inevitable e incontrolable atracción que siento por él odiarle. Es un monstruo. Menuda crueldad.

Oigo mi propio corazón al caer en que no necesitaría todos los dedos de una mano para contar las veces que nos hemos tocado piel con piel Y no me refiero en los últimos días, sino en toda nuestra vida de vecinos. Es como si hubiéramos hecho una apuesta de no-contacto y yo… quiero romperla.

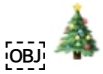
Lo necesito.

No tengo tiempo de arrepentirme. Estiro la espalda. Reduzco la distancia a cero.

Y beso a Knøx R. Mørtis.

Capítulo 8

Fiona



En un abrir y cerrar de ojos el beso ya no existe y su mirada está clavada en la mía como para fundirme con la madera de la mesa. «Ahora viene cuanto te disculpas», me digo. Pero no es eso lo que pasa.

—Antes has dicho que estabas estresado. Podría ayudarte con eso. Yo también lo estoy. Estresada.

No hay emoción en mi voz. Es una oferta neutra: si la rechazas bien y si la aceptas, también bien. Salvo que en realidad no hay nada neutro en todo lo que estoy sintiendo. De hecho, creo que, responda lo que responda, voy a morirme.

—¿Acabas de decir eso en serio? —pregunta como si acabara de oír algo que trascenderá en su vida, algo que ha creado un antes y un después.

—Te he besado. Puedes decir que no, si no te apetece. —Encojo un hombro, pero estoy lo menos despreocupada que he estado en la vida. soy un antónimo viviente de esa palabra.

—Sí, me... —su nuez se mueve—. *Apetecer* no es la palabra que yo usaría, sinceramente.

—¿No?

—No —gruñe y me imagino que la siguiente inhalación le cuesta un esfuerzo titánico.

El brillo afilado de sus ojos, lo tensa que está su mandíbula... Cas parece estar a punto de romperse y yo nunca me he sentido tan frágil y a la vez tan... poderosa. *Bella*.

—¿Y cuál crees que sería la pal...?

—Desear.

Desear.

Estoy a punto de preguntarle «¿estás hablando con otra persona que no sea yo?», pero en cada célula de mi ser sé que me está mirando a mí. Que *me ve,* por mucho que eso me sorprenda. No se aleja. Me quita el portátil del regazo y se coloca delante de mí, entre mis piernas mirándome tan de cerca que estoy segura de que oye lo que pienso.

Nunca he estado más excitada, aterrada y ansiosa.

Una de sus manos se hunde en mi pelo, me inclina en el ángulo perfecto y lo hace. Me besa. Espero que solo sea una boca contra la mía reconocerme que «no es para tanto», pero es lo más «para tanto» que he probado en mi vida.

No es un beso, joder, es otra cosa.

Hipnosis, probablemente.

Separo los labios dejándole entrar, curiosa y hambrienta. En cuanto su lengua baila sobre la mía estoy perdida. Porque es de la clase de beso que empieza despacio, como diciendo «este es mi sitio, mío» y para cuando acelera el ritmo yo ya estoy empapada.

Siento agujas violentas clavándoseme por el cuerpo de la impresión.

Es el mejor beso de mi vida. Estoy gimiendo por lo que su lengua hace con mi boca y la forma dominante, posesiva y urgente en la que sus manos aprietan mi cintura o mi nuca.

Quiero que me toque así todo el cuerpo, lo *necesito,* así que me deshago de mi jersey navideño y acaba en el suelo. Estoy a punto de hacer lo mismo con mi sujetador, pero la valentía se me agota cuando veo lo apretada que está la línea de su mandíbula. Es la definición de estar al límite. Solo entonces soy consciente de la forma que ha dicho «joder» y «Fiona» repetidas veces. Imagino que estaba muy ocupada mirando la erección que he sentido dura contra mi centro casi desde el primer instante, como para darme cuenta.

—¿Estás segura de esto? —con dos dedos alza mi barbilla.

—Del todo.

Se aparta de mí. Entro un poco en pánico hasta que oigo el «clic» del cerrojo de la puerta. Un zumbido de placer endurece aun más mis pezones. Nunca he deseado tanto a alguien.

—Desvístete del todo.

—Desvísteme tú —rebato alzando la barbilla.

No sé por qué creía que habría un ápice de duda en él. Timidez, tal vez. En cuanto se libra de mi sujetador, su boca está encima de mí dándome un placer que no es de este mundo. Alguien debería preocuparse de lo fuerte que estoy gimiendo.

—*Knøx* —me retuerzo y un segundo después, mis pantalones pasan a estar en mis tobillos en cero coma y sí, se lleva mi ropa interior holgada de paso.

No tengo tiempo a sentir vergüenza por mi desnudez, ni por la forma salvaje en la que me mira, porque me lo ha quitado todo, me ha apoyado contra la mesa, abierto las piernas y su lengua… su lengua se desliza por mi sexo tan despacio como me ha incendiado con el beso.

Arder no sería una definición justa a lo que me hace.

Redefine el sexo oral cuando empiezo a temblar antes siquiera de que se acerque a mi puñetero y necesitado clítoris. Su barba… su lengua… la fricción… su insistencia…

—Deja de torturarme —suplico y como si solo tuviera que pedirlo me succiona.

Estoy sudando entre sacudidas, sorprendida, fas-ci-na-da y ya no gimo. Oh, no.

Grito. Su nombre. Una. Y. Otra. Vez.

Knøx hace sonidos obscenos que vibran en mi sexo y que van a perseguirme en *todos* mis futuros sueños húmedos y cuando cometo el error de mirarle mientras bebe de mí… Joder, la imagen es demoledora, me lleva a lo alto de la montaña rusa y entonces…

No es que me corra, es que me empuja con tanta fuerza que solo puedo caer y caer, resbalando en un tobogán de éxtasis extremo en el que *yo* soy el orgasmo.

Me aferro a su pelo y él a mis caderas, pero levito. Floto. Salgo volando. Despedida. Nada me ancla a la vida, paso a ser dueña del placer que está haciéndome papilla. Me deshago en mil fragmentos más allá de mis límites de sensibilidad. Es tan violento que casi es una

punzada de dolor, una herida dulce que me atraviesa como un relámpago y no quiero que pare nunca.

No voy a recuperarme de esto.

—¿Aliviada, gremlin? —pregunta con las mejillas coloradas y la mirada brillante, como si lo que acaba de hacerme a mí también hubiera pasado a través de él.

Tiro de Knøx, lo levanto cuando sus labios vuelven a cerrarse en mi coño y estoy a punto de perder el norte.

—Todavía no. —Sacudo la cabeza desabrochando su cinturón—. Y tú tampoco.

Pega su frente a la mía y por cómo me mira... ufff, empiezo a imaginarme *cosas*. Cosas *raras*. Que él lleva queriendo esto tanto tiempo como yo, por ejemplo. Sé que no. Pero lo parece.

Es por el orgasmo. Me ha dejado tonta.

Existe una breve charla acerca de métodos anticonceptivos. En un minúsculo instante de lucidez, me pregunto si es sensato o no creerle cuando me dice que lleva más de un año sin acostarse con nadie. Pero mi instinto me muerde y me dice que es jodidamente cierto, aunque no lo entienda. Le digo que podemos hacerlo sin condón porque tomo la píldora, pero no responde, se me queda mirando de esa forma enloquecedora y maldita.

—Pero si no quieres, estoy más que dispuesta a arrodillarme y prestarte mi boca para tu beneficio personal el tiempo que quieras. —Es la primera vez en mi vida que me m-u-e-r-o de ganas de que alguien se meta en mi boca, en mi garganta, hasta el puñetero fondo y se corra.

Quiero dar placer a Knøx R. Mørtis. Es lo único que quiero. Juraría que es para lo que he nacido.

Me coge las mejillas, inhala con fuerza y me besa con la misma urgencia, como si lo estuviera sacando de sus casillas y estuviera a punto de ganar la discusión. Mareada de la pasión del momento, le meto la mano en el pantalón. La piel de su polla está caliente, dura, húmeda y yo...

Un instante después ha salido de mi boca y me aprieta las mejillas con una mano, hablándome muy cerca.

—Esos soniditos que haces. Dios, *Fiona*, eres... Yo sabía que... —procede a decir un montón de palabrotas en sueco y creo que algo tiene

que ver con que he rozado su glande con mi clítoris.

—*Du gör mig galen*.

—¿C-cómo? —jadeo cuando empieza a mover las caderas contra m mano, contra mi centro.

—¿Estás segura? —gruñe besándome el cuello con la boca bier abierta.

Tenía dieciséis la primera vez que fui totalmente en serio a desearte, pero eso mejor no te lo digo.

Le respondo con breves afirmaciones mientras mis caderas hacen e resto y no tardo nada en correrme mientras juega conmigo. No puede decirse que tenga facilidad para entrar porque su polla es enorme, perc conseguimos amoldar su gran envergadura a mi cuerpo de metro cincuenta y siete. Algo tendrá que ver con su manera de presionar e pulgar en mi clítoris, así, moviéndolo en círculos mientras me abre.

Me pone los ojos del revés con el decimonoveno orgasmo y empiezo a dudar quién está ayudando a quién cuando Knøx me aplasta contra la mesa fundiéndose contra mí cual cajón que no cierra.

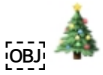
Posee cada centímetro de mi anatomía. Mis gemidos cada vez son más rápidos, rotos, desesperados. Sus gruñidos roncos, nórdicos y cas furiosos vienen acompañados de palabras que no entiendo, pero que me curvan los dedos de los pies. Quiero que me deje marca, un recuerdo de que está pasando de verdad porque Knøx me toca, me mira y me folla como si fuera algo sagrado, algo suyo, un secreto, un tesoro Fusiona nuestras bocas en el momento clave. Y me corro. En su polla Esta vez con la fuerza de mil mares.

Y luego sigo corriéndome.

En su siguiente embestida, entra por completo, llegando más lejos de lo que nadie ha alcanzado nunca en mi cuerpo. Y es increíble. Jamás podría ni haberme imaginado que el sexo llegara a semejantes extremos. Soy un tifón. Un terremoto. Una avalancha. Un sismo que todo lo rompe. Incluso a él. En el momento en que su orgasmo lo destroza y se corre dentro de mí, sus manos se aferran a mi cintura y e sonido salvaje que suelta se asemeja mucho a mi nombre.

Capítulo 9

Fiona



—¿En serio no te pasa nada? —me pregunta Hallie a eso de las siete y cuarto de la tarde, enganchando un bastón de caramelo en la trabilla de mis tejanos para acercarme a ella.

Me carcajeo y bostezo, estoy cansada y muy contenta.

—No, nada de nada, ¿por qué?

—Llevas toda la tarde más risueña que el día que aprobamos ingeniería genética. ¿Hay alguna razón especial?

—¿Te refieres a una aparte de que mi hermano se case y que los preparativos pinten cada vez mejor? ¿A que ya casi es Navidad, mi época favorita del año? ¿A que no hemos vuelto a ver a Elena pese a que insistes no haberla ahogado en el spa?

Ahora es ella la que se ríe y yo la que tiene un flashback del calibre de Knøx R. Mørtis, de hace un par de horas.

—Creí que me odiabas.

—¿Cuándo? —pregunta y me limito a parpadear porque… siempre

Tal vez odiar es una palabra muy fuerte y vale con caer fatal, pero me ha entendido.

—No irás a decirme que no es así, ¿no? Que me imaginaba las cosas.

—No —admite—. Al principio era desconfianza. Tú… No habíamos cruzado palabra y ya parecías dispuesta a darme todo tu cariño.

Vaya. Así que era una de esas niñas pegajosas y desesperadas.

—Entiendo.

—Más tarde… Sé que mi madre es una persona excepcional y qu ha trabajado muy duro por darnos un futuro, pero he crecido co muchas carencias emocionales. No sabía bien cómo lidiar con lo qu quería y sabía que no podía tener.

—¿Te refieres a tu padre?

Knøx me mantiene la mirada. Fijamente. Una eternidad.

Claro, por supuesto que su padre, menuda pregunta más tonta le h hecho. ¿De quién narices iba a estar hablando si no?

—Hemos cantado victoria muy pronto —la voz de Hallie me trae d vuelta y veo a Elena, la misma que se ha saltado la despedida de solter de su hermana, quitarse la nieve de los hombros—. Es la primera ve que no lleva un escote hasta las rodillas.

—Cruella de Vil, Cruella de Vil… —canturreo.

No tenía la más mínima esperanza de librarme de un segund asalto, pero aun así finjo estar ocupadísima cuando veo que tambié está la señora Green con ella. #Pesadilla.

—Fiona, ¿podemos hablar? —Elena, antes de que responda, alarg su mano y coge una de las mías—. Quiero pedirte perdón. Esta mañan me he excedido y no te lo merecías. Lo siento. ¿Me perdonarías?

Tiene veneno en la mano, ¿verdad? Al final sí que voy a morir hoy ¿no es cierto?

—¿Perdonarte? —pregunto mientras Hallie dice en su falsa llamad telefónica, «no, no, no, no»—. Claro.

Elena se inclina sobre el mostrador y me abraza. Es ridículo que pese a lo apocalíptico del momento, mi cerebro sea capaz de señalarm a cierta persona de pie, en la recepción. *Y aún más, que yo le salud con la mano como una cría. ¿Acaba de sonreír?*

—Sabía que me perdonarías —Elena me dedica su sonrisa má radiante y me reconozco que es dolorosamente guapa—. Knøx me l dijo esta mañana, en su dormitorio. Que eras la mujer má comprensiva que conoce.

—¿Su dormitorio?

—No es frecuente que hable de la hermana pequeña de su mejo amigo cuando estamos a solas —dice flojo, mirando a su espalda, com

si no quisiera que su madre la escuchara—. Pero si lo hace, las palabras suelen ser halagadoras. Deberías sentirte orgullosa.

No me siento orgullosa. Revuelta, sí. Incómoda en mi propia piel Con necesidad de una ducha. O mil.

—No… No sé qué decir.

Miro a Knøx, pero ya no está ahí. Como si se hubiera tratado de un fantasma.

—Me sorprende que tengas espacio en tu memoria para algo más que él, hija mía —dice la señora Green que lo ha oído todo.

—¡Es verdad! No puedo contenerme cerca de él, apenas puedo respirar —Elena hace rodar un pedrusco que siempre lleva en el dedo anular.

Me mareo. La saliva se me acumula en la boca. *Un momento.*

—Está más guapo que en la universidad y ya es decir, hija. Tiene un gran porte.

Justo entonces me… me acuerdo. Es típico en mí hacerlo en el peor momento posible.



Salgo a correr, pese que ha empezado a chispear. Hoy es Nochebuena y cuando tienes una madre cuyo deseo es cebarte, o haces ejercicio o mueres de un empacho.

No he dado ni dos pasos fuera del jardín que me topo con él. Knøx Que también ha vuelto de Nueva York. Tras estudiar en la NYU, se quedó allí porque por lo visto, tiene pasta suficiente. No entiendo de dónde la saca. Igual es actor porno.

*—Ey —le digo en plan *escueto saludo cordial*.*

Hace un año, tras la muerte de papá, tomé la determinación de no gastar mi energía en cosas que me consumieran. Así que lo de quedarme dormida pensando en lo mucho que le odio se acabó.

—Hola, gremlin.

No sé si es la forma en la que lo dice, su expresión triste o que frena sus pasos, pero yo también freno los míos.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Pues… no lo parece.

—Gracias —estrecha la mirada.

—No, digo que… da igual. Todavía falta un rato para la cena. S tienes hambre puedes entrar y asaltar la nevera. Nuestras madre están ahí dentro y… —dejo de hablar cuando da la espalda a mi casa sin moverse del sitio, pero dejando claro que no quiere entrar—. Oye ¿estás bien? Ahora en serio. ¿Han entrado a robar a tu piso o algo ¿Te ha dejado la novia? ¿Has p…?

—Sí —dice y aunque hay un cincuenta por ciento d probabilidades, mi cerebro salta a la segunda opción.

—Vaya, lo siento.

—Gracias —exhala y se apoya en la verja de entrada de mi casa, un par de pasos—. ¿Quieres un consejo? Olvídate de las relaciones.

—Tengo novio —digo y su mirada parece capaz de fundirm contra el asfalto. Debe pasarme algo raro en la cabeza porque se m acelera el corazón—. Perdona, no pretendía restregártelo por la cara ¿Cómo se llama tu ex?

—Elena.

—¿Y cómo era? Lo digo porque si me la describes será mucho má fácil para mí sacarle un montón de defectos y asegurarte que está mejor sin ella.

—Torpe. Brusca. Desordenada. Olvidadiza. Un verdader desastre.

—¿Te ha dejado porque tú eres un maniático del orden y n encajáis? ¿Acaso no sabe que los opuestos se atraen? ¿Que lo nórdicos amueblan su casa con escrupuloso orden minimalista d IKEA?

Se revuelve. Incómodo. Pero no por mis tonterías. Es evidente qu no le gusta hablar del tema y menos aún hacerlo con gente que odia.

—La he dejado yo.

Ese plot twist me hace sentir un poco mal. Inferior. ¿Como u ataque personal? Sé que no me ha dejado a mí, pero esa tal Elena… e fin, que entiendo por qué a mis veinte puedo contar las citas que h tenido con los dedos de una mano.

—¿Por qué? —pregunto aunque no quiero oír la respuesta.

Prefiero irme a correr por ahí a tener que oírle decir lo insoportables que le parecen esos rasgos personales. Pero no lo hace Gruñe, dice algo en sueco y se marcha malhumorado de vuelta a su casa.

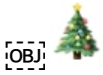


Sin duda Elena ya no es brusca, ni olvidadiza, ni torpe. Ahora solo es una preciosa arpía con cuerpo de modelo y cara de muñeca. Seguro que esta vez Knøx no rompe con ella.

Consigo esquivarlo durante todo el día siguiente, pero no hay n-a-da a que pueda hacer llegada la noche. Me visto para la cena de ensayo sintiendo todas mis inseguridades a flor de piel, listas para que todos las vean.

Capítulo 10

Fiona



Hago una mueca frente al espejo toqueteando mi pelo como s fuera a arreglar algo. Supongo que cuando tienes el pelo rojo en una clase de rubias aprendes a que te miren y señalen. Cuando tienes un ojo de cada color, también. Y si a eso le sumas demasiado bruta, una risa demasiado alta y una infinidad de «demasiados» lo que sea, el colegio deja de molar y empieza a apestar a saco.

Pero fui una niña muy feliz porque en casa... Ellos me querían, me aceptaban como era. Por eso seguía intentando hacerme un sitio allá donde fuera, por muchas puertas que me cerraran, porque mi familia siempre me hizo pensar que era fuerte, que el rencor no valía la pena y que todo el mundo merecía una oportunidad.

Así que en el campamento de segundo, cuando Katy me pidió que durmiera con ella y Marthia en su tienda de campaña, solo para llenarme la mía de bichos, me llevé una sorpresa. Y lloré bastante. O a los quince, cuando Trent Holnez me invitó al baile de invierno, pero resultó ser una apuesta para ver si era una chica fácil.

Solía pensar que la gente tenía buenas intenciones pese a los bofetones que me llevaba una y otra vez. Supongo que con Knøx lo único que he hecho ha sido repetir viejos patrones.

Mi instinto me grita que no. Que él no es así.

Pero mi instinto ha sido siempre un gilipollas.

Por eso mi cerebro, el único que controla, me recuerda que ayer po la noche fui a verle a su habitación para hablar lo que había dich Elena. Y también me recuerda que tuve que irme de allí corriend porque le oí salir del ascensor con ella. No estoy orgullosa de admiti que lloré hasta quedarme dormida, como hacen las tontas que se fía de quien no deben.

«Pareces estresado», qué puta vergüenza me doy.

Lo cierto es que tengo tan pocas ganas de ir a la cena de ensayo que si no fuera porque Rówan se presenta en mi puerta, no habría sido l bastante fuerte como para no fingir un dolor de tripa. *Lo siento, papá mamá, creo que en el fondo no soy nada fuerte.* Caroline está con él está mucho más tranquila que ayer, sonriente de oreja a oreja. M pregunto si alguna vez tendré lo que ellos. O si el día que pierda Rówan, se acabarán las personas que me toleran.

Hallie ha tenido que salir a hacer unas compras de última hora, co Tom, así que no he pasado el día con ella. Espero verla en el salón cuando entro, pero no lo hago. A quien sí veo es a Knøx, más guapo d lo que debería ser legal, hablando con la madre de Elena y Caroline Voy a la barra aprovechando que la gente está aplaudiendo celebrando el amor de los novios, lo cual probablemente me convierta en una mala hermana. *¿Estoy tratando mal a la única persona viv que me ha querido desde que nací? ¿Puede que incluso nueve mese antes?*

Mi próxima inhalación es amaderada, con un ligero toque a pino otro a café. Es un olor muy concreto que tengo tan asimilado que fij que está dibujado en mi ADN. *Estupendo, alucinaciones olfativas Yuhuuuu. De aquí a la pérdida de cordura absoluta…*

—Hola, Fiona.

Knøx.

Knøx está a mi lado.

Sus ojos son todavía más verdes de lo que los recordaba.

—Hola —digo mientras dos se carcajean y una tercera persona cog una copa de champán a mi derecha.

Yo también debería coger una. ¿Qué es lo más alejado del hombre mi izquierda?

—No te he visto en todo el día. ¿Dónde has estado?

—En el mostrador.

—Mentirosa.

Esto me obliga a volver a mirarlo.

—No es mentira.

—Habré elegido los seis momentos concretos que has ido al baño qué putada.

¿Ha ido a verme seis veces? No, no seas tonta, Fiona. Te merece algo mejor que ser la otra. Cojo una copa cualquiera, ni sé de qué.

—¿Por qué parece que preferirías que te tiraran una jarra de ponch encima a seguir hablando conmigo?

Porque es verdad. Tan verdad que me lanzaría yo de cabeza.

—No soy yo la chica a la que deberías hacerle tus preguntas, ¿no t parece?

No llega a decir nada porque nos interrumpen.

—Aquí estás —Elena, como no, vestida de punta en blanco, se coge a su brazo y dice algo, pero no la oigo porque ya no estoy allí.

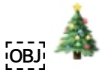
Me felicito por llegar hasta la mesa sin desmoronarme, perc empiezo a ponerme nerviosa cuando las velas y las servilletas cor forma de rosa se vuelven en mi contra.

—Hola-hola, ya estoy aquí, ¿me has echado de menos? —Hallie aparece de la nada y tardo cero coma dos centésimas en abrazarla cor todas mis fuerzas.

La pega es, que detrás de Hallie llegan Knøx y Elena.

Capítulo 11

Fiona



Sé que lo típico es que los novios se coloquen en una mesa presidencial, pero esa mesa se fue con Tracy *(oh, Tracy, yo te invoco ivuelve, muchacha!)* y con ella mi oportunidad de estar en una esquina de esta y pasar desapercibida. Lo cual significa que estoy en una mesa redonda con Knøx enfrente y también, que cada vez que los novios hacen algún comentario a los invitados o estos les piden muestras de afecto o cualquier otra cosa divertida que luego postear en Instagram las doscientas personas presentes miran en nuestra dirección.

—Caroline, ¿qué te ha pasado en las uñas? —pregunta Elena, tan alto que fijo que la han oído desde fuera del hotel.

—Ahhh, ¿esto? Bueno…

—Es secreto —interviene Rówan con una seriedad que no suelo ver en él, recibiendo miradas disconformes por parte de la madre de la novia y Elena.

Hallie tuvo la idea de traer cámaras desechables para tener fotos diferentes a las de las cámaras buenas. Se las ha dado y ambos han estado jugando con ellas y la nieve en el jardín de atrás, pasándoselo bien. Miro a Caroline. Se ríe por lo bajo a la espera de que la conversación siga por otros derroteros y mientras Hallie le lanza un salvavidas, yo pienso que si mamá estuviera aquí, explotaría de felicidad. *Es perfecta*. Papá ni siquiera tuvo la suerte de conocerla

Habría sido genial tener más tiempo. Le doy un buen trago a champán cuando me salen espinas en la garganta. La mesa habla de trivialidades con intervenciones breves del tipo:

—Caroline, ponte recta que no paran de hacerte fotos.

—Claro, mamá.

A mi lado, Hallie tira de mi pantalón elegante. Me enseña la pantalla de su móvil y leo:

«daddy-app te está lanzando muchas miradas intensitas, ¿no?»

Uso la excusa para mirarle y… Esos malditos ojos verdes. Tengo tatuadas las vetas de su iris en mis propias córneas. *Casi parece estar clavándome al suelo*. No conseguiría descifrar su expresión ni con la ayuda de la policía secreta, pero me resulta familiar. Sé que me ha mirado antes así. Un segundo después la mano de Elena está sobre la suya.

Knøx no la aparta y Hallie guarda el móvil. Si tuviera estómago para tanto, miraría al resto de la mesa y vería la sorpresa de los novios, la duda de mi hermano, la alegría de señora Green. Pero no lo tengo.

A lo largo de la cena voy al baño cuatro veces y descubro que encerrarme en un cubículo para respirar se me da bastante bien. Me escapo otras dos con la excusa de resolver problemas de los que Tom sabría encargarse solo, porque si sigo viéndolos susurrarse cosas al oído me voy a derrumbar.

¿En qué estaba pensando? ¿Que iba a colarse por mí? Follamos en un puto cubículo de material de limpieza. Yo soy la otra en esta historia. Sí, porque puede que Elena sea una bruja de manual, pero me siento muy mal conmigo misma sabiendo lo que hice cuando es evidente que mantienen una puñetera relación.

Hay un pequeño baile, que observo desde una esquina de la barra, y un deseo colectivo de disfrutar cuanto antes del día de la boda. Hallie ha salido fuera con uno de los amigos de la universidad de Caroline John, y no es la única ausente. Knøx… *¿por qué me he fijado siquiera?* En el momento en que algunos de los invitados deciden volver a sus habitaciones, me despido de los novios y salgo disparada de la sala.

Paso la tarjeta por la puerta de mi habitación y dejo que se cierre a mi espalda con un estruendo. Me recrimino no haberme emborrachado

mientras me imagino las chocolatinas del minibar con las que voy a sobornar a mis emociones para que cierren el pico, cuando oigo:

—Fiona, ¿podemos hablar?

Me giro de golpe. En mi cama, sentado en el borde, con el pelo revuelto como si hubiera pasado los dedos por su melena un millón de veces, está Knøx.

—¿Qué narices estás haciendo tú aquí? ¿Y cómo has entrado?

—Necesito hablar contigo —hace hincapié en la primera palabra como si fuera de vida o muerte.

Pero es lógico, la gente como él detesta enfrentar las consecuencias de sus actos. Las emociones de las personas a las que han herido son algo pegajoso enganchado a la suela de sus chanclas que no les permite avanzar.

—No me importa lo que necesites. Por mí puedes pudrirte en necesidad. —No se inmuta—. Vete, Knøx, gritaré si no te vas.

—Fiona, *nadie* puede saber que estoy aquí —dice, sus ojos cogiendo un tono jade mucho más oscuro con cada segundo que pasa— Escúchame, ¿vale?

—No, yo... no te acerques. —Se detiene—. Te desprecio, Knøx Quiero que te largues porque eres... eres escoria. ¿Lo sabías? Repugnante. Engañar está *muy* mal y tú lo has hecho por partida doble Creí que eras otra clase de persona, pero ya veo que no —espero herirle como él ha hecho conmigo.

Me desinflo a medida que el malestar gana terreno en su rostro, que se aleja más de mí para darme espacio. Porque soy débil, con él sobretodo.

—No puedo irme hasta que me escuches.

—No tienes derecho a pedirme nada —mi voz tiembla de forma bochornosa, humillante—. Creí que... cuando supe lo de Khära creí que yo te importaba. Que... que al menos no me usarías como un puto pañuelo y tú... estás con Elena, ¡con Elena!

—Necesito qu-

No sé lo que necesita. No lo sé, porque yo ya no estoy ahí.

La puerta de mi habitación se cierra y sigo andando. Sus ojos enturbiándose con la culpa que sí reconozco es lo que se repite en mi mente en bucle mientras pongo distancia de por medio. No cojo el

ascensor para no encontrarme con nadie, así que me confundo, salg
de la escalera antes de llegar a la planta baja y me topo con alguien
provocando que su maleta caiga al suelo. La recojo, me disculpo y esto
a punto de irme cuando me agarra la muñeca. Entonces *oigo* la voz qu
acompaña a la maleta. Y la veo.

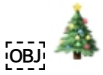
—Señora Mørtis. —*Sloane*.

—Fiona, tesoro, cuánto tiempo.

Sé que no tengo derecho, que después de lo ocurrido no me l
merezco, pero me lanzo a sus brazos.

Capítulo 12

Fiona



Compartimos una mesa en un saloncito de café bastante pequeño con una chimenea encendida adornada con luces navideñas y calcetines colgando. En la nuestra hay dos trozos de tarta intactos, acompañados de dos tazas de té humeantes que nadie ha tocado todavía.

Sloane está tan cambiada que casi parece otra persona.

Su ropa es elegante, pero más juvenil, como si la hubiera elegido su hija para ella. Tiene el pelo mucho más corto y una profunda tristeza tras su mirada dulce que, si la conozco bien, no desaparecerá jamás.

—Me alegro mucho de verte, Fiona. Lo cierto es que esperaba poder llegar a la cena de ensayo, pero mi avión ha salido con retraso y no ha podido ser. Espero que tu hermano me perdone. La fecha me coincidía con un viaje —sonríe con timidez—, he ido a un resort de Virginia con unas amigas.

—¿Ha sido un viaje divertido?

—Muchísimo, y como guinda del pastel, la piloto ha mencionado que una de sus hermanastras volaba entre la tripulación y ha dicho que si el avión se desplomaba, la culpáramos a ella. Menudas risas, cuánto voy a disfrutar de mi jubilación. Y de tener un hijo rico, claro, de eso también —suelta una carcajada y su risa es un millón de veces mejor de lo que recordaba.

Me recuerda a mamá. Solía escucharlas juntas en la cocina compartiendo un café mientras yo hacía los deberes y Rówan jugaba a la consola. Es la calidez del sol en el atardecer. Es una hoguera en la que tostar nubes. *Dios, no era consciente de lo mucho que la había echado de menos.*

—¿Tú cómo estás? —alarga una mano para alcanzar la mía—. Hacía demasiado tiempo que no nos veíamos, chiquitina.

Ya está. Eso es todo cuanto hace falta para que me derrumbe. Una palabra de cariño sincera y me ahogo en mis propias lágrimas.

—Sloane, lo siento tantísimo. No tenía ni idea que Khära... dios, era muy joven y encantadora, y yo... lo siento tanto. He querido... he querido llamarte, me enteré hace unos días, pero no... —se me mueven los hombros con los exagerados sollozos que me sacuden y no puedo decirle que soy una cobarde y no tengo agallas en absoluto.

—Contéstame a algo, Fiona —sus ojos, verdes como los de Knøx pero de un tono más claro, reflejan una compasión que no merezco— Crees que si mi hija hubiera recuperado la consciencia en algún momento tras su accidente, ¿hubiera querido preocuparte con su estado justo cuando acababas de quedarte huérfana? —Niega con la cabeza por ambas—. Tesoro, tengo muchas cosas por las que arrepentirme en esta vida, créeme, pero te aseguro que evitar empeorarte uno de los peores momentos de la tuya no es una de ellas.

—¿No? ¿De verdad, Sloane?

Esta vez su mano sube hasta mi mejilla y aunque me pasa una servilleta repetidas veces, no consigo cerrar el grifo.

—Te lo prometo, Fiona. Sabía que no iba a poder estar ahí para vosotros cuando más me necesitabais, así que en el momento en el que Knøx tuvo la idea... de forma egoísta, me sentí aliviada porque iba a poder evitarte algo de dolor. A sentirme menos culpable, supongo. Me hubiera encantado tener la misma consideración con Rówan, pero estaban juntos cuando llamé a mi hijo.

—¿Knøx? —sorbo, toso, lloro y me ahogo en esa información— ¿Knøx tuvo la idea?

Mi corazón aletea. Esprinta. Le salen alas y sale despedido hacia la noche estrellada de diciembre antes de que pueda pararlo.

—Sí, él siempre encontraba la manera de cuidar de su preciado rubí —Se limpia sus propias lágrimas y me guiña un ojo.

¿Rubí? Estoy a punto de caerme de la silla cuando, como si la hubiéramos invocado, Elena cruza la cristalera que bordea la entrada del salón sin reparar en nosotras.

—Knøx está con Elena —digo, aunque imagino que ella ya lo sabe necesito recordármelo a mí misma—. Han vuelto juntos.

—¿Elena…? —pregunta pensativa—. *Ah*, sí. Pelirroja, divertida torpe como ella sola y algo bruta. Me pregunto por qué la elegiría m hijo —al decir esta última parte sonríe.

—Bueno, ahora ya no es pelirroja —ni divertida—. Está muy entusiasmada con que la boda de su hermana salga bien, seguro que se alegrará de verte.

—¿Su…? No te pillo. Tesoro, ¿no me hablabas de Elena Wodrock? ¿Mi…? —abre los ojos como si hubiera visto un fantasma—. ¿Mi hijo está saliendo con Elena Green?

Siete palabras, siete y ninguna de ellas ha sonado menos funeraria.

—Sí, se conocieron en la universidad y… ¿qué? —pregunto cuando ella niega con la cabeza.

—Mi hijo salió con Elena Wodrock, una joven alocada de Massachusetts. La hermana de la encantadora Caroline *no* fue a la universidad con mi hijo. De hecho, dudo que sepa dónde ha estudiado ya que no es ese el ámbito de su carrera que le interesa.

—¿Qué quieres decir?

—Que ella está más interesada en los beneficios. Será mejor que dejemos el tema, Fiona —me vuelve a coger la mano—. Digamos que no me llevo del todo bien con tu nueva familia política. A excepción de Caroline, por supuesto, ella es encantadora. Estoy cansada, debería irme a la cama. Prepararme para los achuchones que voy a darle a los novios mañana.

No hago nada por retenerla. Aunque me muero de ganas de pedirle que se quede, entiendo que es una mujer de más de sesenta, con un montón de horas de aeropuerto encima y que ya me ha aguantado bastante.

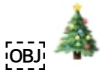
Espero que en algún momento podamos hablar de Khära. Me gustaría saber cómo lo está llevando *de verdad*. Poder ayudarla de

alguna manera.

Quiero pedirle otro abrazo antes de que se vaya, pero ella me lo da antes de que lo haga.

Capítulo 13

Fiona



Al llegar a mi habitación, no esperaba encontrármelo aún allí Ahora, con la corbata deshecha, tumbado en mi cama con el antebrazo encima de sus ojos en una pose derrotista.

Es el chico sueco que se niega a llamarme por mi nombre, el que me tiende la pelota cuando se cuela en su jardín mientras juego en el mío El chico sin padre, como yo, que no tiene tumba que visitar porque está en otro país, el que se peleó por defender a mi hermano y recibió una buena tunda, el que tuvo la idea de ocultarme la muerte de Khära.

Y también es el hombre que más daño me ha hecho necesitando escasas veinticuatro horas.

—*Knøx* —digo segundos después de que la puerta se cierre y se percate de que estoy ahí—. Por favor…

Se le abren los ojos con horror al ver mi cara. *¿La culpabilidad de antes? Oh, no tiene nada que ver con lo que oscurece ahora sus esmeraldas. Es peor*. Como si le hubieran clavado un puñal entre las costillas.

—Has llorado —no lo pregunta, lo afirma, lo remarca, como un suceso terrible que ha ocurrido sin que él lo pueda evitar, como un tsunami o algo así.

—He visto a tu madre y… le he pedido perdón. Está en la primera planta, la habitación doce, deberías ir a verla.

Me agarra las mejillas y me inclina la cabeza para que le mire. Estoy hecha un lío y no tengo fuerzas para alejarme.

—Tienes que dejar que me explique. No salgo con Elena.

—Mira, Knøx… No quiero más mentiras, ni sorpresas, yo…

Se revuelve, saca su teléfono y me enseña la pantalla de su móvil.

—¿Qué estás…?

—Léelo, por favor.

Es un documento legal. Un contrato. No entiendo nada hasta que paso más allá de las primeras líneas y entonces… ya no puedo parar. Porque no tiene el más mínimo sentido.

—¿Elena te ha hecho firmar un contrato conforme eres su novio?

—Novio ficticio, sí. Sigue leyendo.

—Knøx, esto… —sacudo la cabeza, pero lo hago, aunque me tiembla tanto el pulso que el móvil baila delante de mis ojos. El pulgar de Knøx roza mi muñeca para estabilizar el teléfono. *Imagino que este PDF con fecha de ayer es algo demasiado elaborado para ser solo una burda mentira para alguien a quien no le debe la más mínima explicación ¿no?* Termino de leer—. ¿Todos los asistentes deben creerse que salís juntos?

—Sí, aunque el objetivo es Kyrie Smith, un amigo de tu hermano compañero de ambos en la uni. Yo no me he llevado bien con él nunca no me parece que sea trigo limpio. Elena quiere llamar su atención empezar algo con Kyrie y dar el braguetazo de su vida.

—Espera. Pero esto es ridículo. ¿Por qué ibas a acceder tú a algo así?

—Porque si no va a joderle la boda a tu hermano.

—¡¿Qué?! Eso es imposible, pero si también es la boda de su hermana.

—Sí, de su hermana pequeña de la que siempre ha tenido envidia, la que va a casarse con un tío con pasta antes que de que lo haga ella.

Es cierto que a mi hermano le va bien como ingeniero, pero no es que sea rico, no como Knøx. *¿Estoy teniendo una alucinación o algo?* Me siento en la cama jadeante y esta se hunde cuando Knøx ocupa el hueco a mi lado.

—A ver, esto… Vamos a ver. Vamos a ver.

—Tómate tu tiempo para asimilarlo, entiendo que es mucho que digerir.

—¿Qué pasa si la echamos de aquí a patadas? Le contamos a todos la verdad y cerramos las puertas del hotel para que Elena no pueda hacer *nada* por cargarse la boda.

—¿De verdad crees que la snob de la señora Green se quedaría de brazos cruzados mientras humillamos públicamente a una de sus hijas? ¿Que no jodería ella misma la boda de Caroline? —Sacude la cabeza— Es mucho más sencillo dejar que Elena me use para llamar la atención de Kyrie y volverse algo que yo tengo que él quiera quitarme. Solo así me aseguro de que Rówan tenga la boda que merece.

—¿Se lo has contado a mi hermano?

—No, en el contrato pone específicamente que si comparto con alguien la información o fallo en mi actuación, tendré que pagarle medio millón.

—¡¿Medio millón de dólares?! —grito en susurros y él se limita a asentir—. ¿Y por qué me lo has contado? ¿Sabes lo arriesgado que es que estés aquí siquiera?

—Me da igual.

—¿Y si te ha visto entrar? ¡Es muchísimo dinero, Knøx!

—Me da igual, Fiona. Tres horas en esa fiesta viéndote tan triste es más de lo que soy capaz de soportar.

—Yo… yo *no* estaba triste —miento como una bellaca sonrojándome.

—Pues yo sí lo estaba. —Me coge una mano, la entrelaza con la suya y mi corazón sale de la estancia—. Cuando vuelvan de su luna de miel hablaré con ambos para que estén al tanto de la clase de persona que es Elena. Hasta entonces, tendrá que ser un secreto.

—Knøx —me levanto, soltándole, con el pulso a mil—. Estaré a la vista si me necesitas, no estás solo en esto.

—¿A la vista? —se levanta también.

—Sí, pero no a tu lado. No me apetece ver cómo la besas —*no sé por qué demonios admito eso en voz alta*.

—No voy a besarla, no me he prostituido, ¿sabes? Es todo fachada — esto lo dice con un deje divertido y… *no, no puede haber diversión en sus ojos*.

—¿Cómo es posible que no estés más furioso? Esto es súper injusto cruel, retorcido…

—Porque ahora tú ya lo sabes —responde, como si fuera lo único que le importase.

Mi espalda choca contra la pared cuando retrocedo, pero sigue sin haber distancia entre nosotros.

—¿Y por qué te resulta un dato relevante?

Retrocede un par de pasos. Se hunde los dedos en el pelo alborotándoselo más.

—Fiona, tenemos mucho de qué hablar, ¿podrías...? ¿Podrías sentarte?

—Es lo último que quiero hacer —digo siguiendo la dirección de su índice hacia el borde de la cama.

—¿Por qué? ¿Y por qué pareces nerviosa?

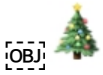
—Porque lo estoy —admito y él asiente como si supiera la montaña rusa de emociones por la que he pasado.

La empatía desborda sus ojos y siento que por primera vez estoy viendo a Knøx R. Mørtis sin filtros. Separa los labios para decir dios sabe qué, pero no llega a hacerlo.

—Fiona, necesito hablar contigo. —La voz de Elena suena al otro lado de la puerta.

Capítulo 14

Fiona



Me tomo dos segundos y medio para entrar en pánico. Durante e primero, todas mis neuronas corren en círculos como si mi cerebr estuviera en llamas, en el segundo, los gritos de estas me hacen sangra los tímpanos cosa mala y en el medio restante, una única cuerda tom las riendas.

Señalo la puerta del baño sin decirle palabra a Knøx y cuando s pone en marcha pregunto «¿quién es?». Elena responde mientras abr mi mascarilla de carbón y me cubro parte de las mejillas, la nariz y l barbilla. Rocío mi colonia por todas partes, en concreto por la cama y l entrada. Dejo la puerta del baño abierta por si sospecha.

—Vaya, cenicienta, tienes un poco de ceniza en las mejillas. —Elen entra sin que yo la invite.

Es la puñetera primera vez que hace esto. ¿Le ha visto entrar ¿Nos ha oído hablar?

—¿Por qué estás aquí?

—Venía a preguntar si tienes una lista de todos los invitados qu han confirmado venir a la boda. Todavía faltan algunos por llegar, ¿no?

La miro y me cruzo de brazos. Ella solo oirá mi silencio, pero po dentro me estoy preguntando si se nota que dos personas han estad sentadas en la cama a mi izquierda.

—¿Pasa algo?

—Sé lo que estás haciendo, Elena.

—¿Yo? ¿De qué hablas?

—Las cosas han cambiado entre nosotras. Me pediste perdón y agradezco el modo en el que has estado tratándome. Pero no somos amigas, es tarde y mi jornada laboral no-remunerada ha terminado, así que te agradecería que me dejaras relajarme tranquila.

—¿Te gusta, no? —alza una de sus gruesas cejas.

Me muerdo la lengua para no negarlo. Fingir que no sé de qué habla tampoco me parece una opción inteligente. Cuadro la espalda.

—Gustar es una palabra muy fuerte.

—¿Te he hinchado tanto los ojos toda esa indiferencia?

—Lárgate de mi habitación antes de que haga algo por lo que mañana tenga que disculparme yo contigo, *amiga*.

Un brillo que parece orgullo chispa en sus ojos al carcajearse.

—Claro, Fiona. Hasta mañana.

La puerta lleva tres segundos cerrada cuando Knøx sale del baño llevándose un dedo a los labios que están curvados en una sonrisa. Dudo que se dé cuenta de que me da un beso en el pelo o de que está un puñado de segundos extras pegado a mí.

Luego abre la puerta del balcón y sale a la intemperie. Le sigo.

—¿Qué haces?

—La escalera de incendios —responde, también en susurros—. Te escribiré, ¿puedes guardarte mi número?

—Ya lo tengo. —A él le sorprende y a mí *no* me enrojece las mejillas. Salta la barandilla con habilidad felina, sexy de cojones—. Eh, esa escalera de incendios podría llevar décadas sin usarse, Knøx. ¿Y estas cosas no están siempre oxidadas?

—Cuidado, Gremlin, o pensaré que te preocupas por mí.

—Hablo en serio, tiene pinta de ser vieja. Y estamos en un tercer piso. Por no hablar de que ha nevado. Podrías esperar un poco y usar la puert…

Muerde mi labio inferior y cuando estoy lo bastante ida como para no apartarme, me besa. *Joder, que eso no es besar*. Vale, me come. Gimo tirando de su corbata en un intento de aferrarme a él, a nosotros. Es una estrella fugaz que no voy a volver a ver nunca. Su gruñido es la

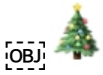
cosa más erótica que he oído y quiero desatar al animal de nuevo. M
lengua se vuelve demandante a medida que mi pulso se desboca.

Knøx me besa hasta que me tiemblan las piernas, hasta que estoy a
borde de suplicarle, de rodillas, que no se vaya, que no lo haga en
ningún momento. La posesividad aflora en mí, junto con todos esos
sentimientos que bajé al sótano de mi corazón tras hacer a su traición
la presidenta de mi estado de ánimo. Se separa, me mira anhelante y
dice:

—Buenas noches, Gremlin.

Capítulo 15

Fiona



Me pongo el jersey de Santa Claus comiendo galletas del revés Dos veces. Estoy a punto de ponerme el sérum de cejas en las pestañas y también bastante convencida de que el eyeliner me lo he hecho con lo que no debía, porque me pican los ojos. En resumidas cuentas: no he pegado ojo en toda la noche. Así que no me sorprende que lo primero que me diga Hallie cuando me ve en recepción es que no tengo buena cara.

—No me malinterpretes, estás muy guapa así tan navideña, pero pareces capaz de dormirte encima del mostrador como me despiste ¿Ha pasado algo?

Básicamente que el chico con el que tuve el mejor sexo de mi vida le ha puesto precio a mis sentimientos. Sí, cargarse mi tristeza vale nada menos que... *Medio*. *Millón*. *De*. *Dólares*. No es que me sienta halagada, esto... esto es otra cosa. Es algo más y me está puto consumiendo. ¿En algún momento voy a ser capaz de respirar con normalidad? Nop.

Y encima cuando he mirado el móvil...

Mensaje de Knøx: podemos vernos a solas en algún momento del día?

Mensaje de Fiona: no es muy buena idea.

Mensaje de Knøx: no, no lo es.

Mensaje de Knøx: Pero, ¿podemos?

No contesto. No, porque si lo hago, le diré que sí.

—Supongo que el ajetreo de la boda me está pasando factura.

—Ya falta muy poco. Te traeré un café —dice dándome un sonoro beso en mi mejilla.

—Eh —la agarro de la muñeca—. ¿Te he dicho cuánto me alegra que vayas a quedarte a la boda, aunque sea en Navidad?

—Tú eres mi única familia, Fi.

—¿Estás diciendo que no tienes a ningún otro sitio al que ir?

Se carcajea.

—Exacto, no eres para nada especial.

—Te quiero, Hallie. Tengo mucha suerte de que seas mi amiga Pienso cuidarte muy bien y si quieres, podemos serlo hasta que seamos viejas.

Se le inundan los ojos de lágrimas y en cero coma, se le cae una. De la nada, colisiona contra mí y me da un sentido abrazo. Puede que no sea pelirroja, puede que no se apellide Evil, pero puede que aun así, de niña tampoco le repartieran las cartas que se mereciera.

Estoy asegurándome de que tenemos un kit de emergencia, por si acaso pasa algo con el vestido, cuando Rówan me da un susto de muerte apareciendo de la nada en el mostrador cuando me doy la vuelta.

—Cena esta noche, en la sala de los cuadros náuticos.

—Dios, ¡qué susto, Rów...! —me quedo a medias al ver que a su espalda, no muy lejos, están Sloane, Elena, Caroline y Knøx, con la mano en la espalda de Elena.

Mi pulso se dispara con sentimientos encontrados.

—Ya, es raro de cojones, ¿a que sí?

—El corazón tiene su propia lógica. ¿Puedo invitar a Hallie a la cena? Pensábamos atascarnos de guarrerías viendo The Holiday. Es un clásico —desvío la mirada hacia mi hermano cuando veo que me ofrece algo. Una rosa. *Esta no es de plástico*—. Rówan, ¿y esto a qué viene?

—Gracias por lo que haces. La cena es a las ocho, seremos pocos. Nos vemos, ardillita.

Lo veo marcharse. Cuando Rówan llega hasta el grupo, un desconocido que imagino que es Kyrie, también está con ellos. Por lo

que he oído, van a desayunar a un rascacielos cerca del muelle.

—¿Tú no odiabas las flores? —me pregunta Hallie cuando llega con mi café y sigo mirando la rosa de mi hermano.

—Sí, después de que mi madre muriera, nuestros amigos y conocidos cercanos nos enviaron el pésame en forma de…

Recuerdo el día que conocí a Knøx. Hacía seis meses de la muerte de su padre. *¿Quizá tuvo que ver…? ¿Por eso no me cogió la margarita que le ofrecí?*

—¿Ramos de flores?

—Sí, exacto. Pero ahora… creo que con un poco de suerte, al verlas me acordaré de la boda de Rówan.

—Estás muy blandita, voy a irme antes de que me hagas llorar otra vez —dice alejándose del mostrador a zancadas.

Mensaje de Knøx: estás preciosa de amarillo. ¿Hay algún color que no te quede bien?

La madre que lo… Dioooos. No lo mires. No lo mires.

Le miro. Asdfghjkl. Me muerdo la lengua fuerte para no sonreír como una tonta.

Caroline me hace un gesto para que me acerque y la encuentro a medio camino de la recepción. Estoy enferma, apenas controlo mis ojos para que se centren en ella y no en *él*.

—Sloane me envía para ver si puedo convencerte de que vengas con nosotros.

—No puedo, tengo mucho trabajo. Tu hermana y tu madre me matarían.

—Siento mucho todo esto, te hemos cargado con tanto…

Sacudo la cabeza, viéndola con otros ojos.

Quiero ayudarla. Alejarla de Elena.

Le doy un abrazo.

—Bienvenida a la familia Evil. No somos muchos, pero eres bien recibida.

—Pronto seremos más —dice poniendo mi mano en su estómago y llevándose un dedo a los labios.

—Oh —jadeo abrumada, con un flashback de mi hermano siendo un renacuajo. *Qué rápido pasa el tiempo*—. Enhorabuena.

—Shhh, mi madre todavía no lo sabe, pero digamos que por eso queríamos acelerar la luna de miel.

—¿Y Elena? —no puedo evitar preguntar.

—Ella sí.

Lo sabe y aun así estaría dispuesta a darle un buen disgusto. Sero hijjjja de… Caroline se marcha y cuando me giro al mostrador, veo que Hallie ha vuelto. Está pegada a la pantalla de su móvil, horrorizada y con los ojos llenos de lágrimas.

—Deja de mirar TikToks tristes, ¿quieres?

—Este pobre hombre necesita dinero para su refugio. Quedarme a ver el vídeo para que TikTok suelte la pasta es lo mínimo que puedo hacer.

Exhalo. Me pongo a su lado, a ver gatitos enfermos y a un señor muy mayor contándonos su historia porque las amigas que sufren juntas, sufren menos.

Hasta que llega Tom.

—Tenemos un *gran* problema.

Después de esas palabras mi día se vuelve un caos.

¿Las doradas tarjetas navideñas que asignan los asientos de los invitados el día de la boda? Han llegado mal. En la parte posterior donde debería poner «unión de Rówan&Caroline» pone «unión de Ryan&Caroline». Si no fuera huérfana, llamaría a mis padres y les preguntaría por qué narices no lo llamaron Ryan.

Un par de horas más tarde, la persona encargada de traer el vestido de novia de una boutique de la ciudad, se lo da a Caroline para las últimas pruebas y resulta que no le cierra. A mis ojos, no ha engordado ni un gramo, pero los botones tienen otra opinión al respecto. Mientras la novia se esfuerza en no hiperventilar, la señora Green tiene un ataque de histeria en plan salvaje, en plan «cancelemos la ceremonia». Elena no está en el meollo, por suerte. Está loca de nervios buscando su vestido que han traído, pero por arte de magia, ha desaparecido mientras comía con Knøx. Una, solo una maldita mirada de tres segundos hacia Hallie y ya sé que lo ha escondido ella. *A veces la miro y pienso que tener una hermana sería así.*

A media tarde se tienen que llevar al hospital a uno de nuestros niños de las flores que se ha puesto malísimo por una sobredosis de

chocolatinas que ponemos de regalo bajo los árboles de Navidad para los huéspedes. Ah, y una fuga de agua en la cocina está a punto de convertir el hotel en un *live action* de La Sirenita. Es una suerte que lo detengamos a tiempo.

Al llegar la noche, cuando asisto a la cena y me dejo caer en la silla junto a Sloane, me doy cuenta de que a pesar de todo, no he parado de pensar en él ni un solo segundo. Igual tiene que ver con que mi móvil no ha dejado de vibrar.

Mensaje de Knøx: no sonrías así a Tom, por favor. Ni a nadie. Solo a mí.

Mensaje de Knøx: y podrías no ponerte colonia esta noche??

Mensaje de Knøx: Ignora mis anteriores mensajes.

Mensaje de Knøx: Gremlin, evita mirarme en la cena. Hazme el favor.

Mensaje de Knøx: Y perdóname por lo que veas. Prometo compensártelo. [Foto] Te he comprado un libro. *Bueno, tres.* El dependiente ha dicho que son los favoritos de este mes de romantasy.

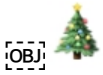
Mensaje de Knøx: Solo para aclararlo, esta no es mi forma de compensártelo. *Créeme*.

Si lo lejos que está dispuesto a llegar por proteger a mi hermano no se quedara ya con mi corazón, mis ovarios y mis pulmones, lo que hizo anoche lo empujaría a la línea de meta de cabeza.

Solo nos hemos cruzado una vez, esta mañana. Knøx iba con Elena así que considero una desfachatez absoluta que uno de sus dedos rozara mi antebrazo en una desesperada caricia. *Me sigue. Ardiendo. El cuerpo entero.*

Capítulo 16

Fiona



—¿Pasa algo?

—¿Aparte de eso? —Sloane, molesta, señala las puertas de la sala donde están Elena y su hijo.

Miss Green se carcajea mientras pone las manos en el pecho de Knøx. **No es real, no es real**. Aun así escuece muchísimo. Que lo toque como si tuviera derecho. ¿Y podemos parar un segundo para remarcar lo guapísima que es Elena? ¿Lo bien que encajan y lo creíble que es todo? *¿Qué? ¿Que mejor no?*

—Si sirve de algo, yo tampoco entiendo nada —refunfuña mi hermano.

—Pero si ni siquiera es pelirroja —prosigue.

—¿Quién no es pelirroja? —pregunta Hallie, que ha vuelto del baño por otra puerta distinta.

Entonces caigo en que los asientos no cuadran con la idea que yo tenía en mente, que falta uno.

—¿Cuántos vamos a ser en la c...?

—La nueva novia de mi hijo —responde Sloane.

—¿Sus novias siempre han sido pelirrojas? —pregunta Caroline bebiendo de su zumo servido en estratégica copa.

Rówan solo carraspea y se recoloca en el asiento, incómodo.

—Me pregunto de dónde debe venirle esa predilección —Hallie me lanza una mirada.

—Esto no debería estar pasando. De ninguna manera.

—Sloane, ¡su hermana está delante! —exclamo en susurros al borde del infarto.

—Oh, yo no oigo nada, tranquila —canturrea la novia.

Knøx y Elena aparecen y hago justo lo que me ha pedido que no haga. Mirarle. Mi corazón se contrae, acelera y hace un par de yurchenkos.

Pfff, ¿que no te mire? No me mires tú y menos así.

Agacho la cabeza repasando mentalmente algún ejercicio aburrido de estadística del pasado. Empecé a usar la técnica en el instituto cuando llegaba el verano y Knøx jugaba a futbol en el jardín: sin camiseta. Me funciona tan mal como entonces.

La "pareja" ocupa sus asientos al tiempo que unos camareros colocan un cubierto más en la mesa redonda, en concreto, a mi lado Kyrie y su pelo castaño que no me dice nada, aparecen un minuto después de que nos traigan la carta. Su risa no me gusta, es de esas repetitivas y taladrantes. Es atlético, sí, pero el traje no le sienta tan bien como... **stop**. Kyrie chasquea los dedos al camarero impacientándose por atención.

—Dime que hay champagne francés y no ese cava que habéis servido este mediodía.

—Dom Pérignon. 2012. Disfrútalo —dice Elena guiñándole un ojo vertiendo ella misma el vino en su copa.

—Eres un encanto. —Kyrie sorbe su copa haciendo un sonido de desagüe. A mitad del primer plato, poco después de que esté a punto de coger la botella de agua fresca al tiempo que Knøx y me de un silencioso ataque al rozar sus dedos, Kyrie se gira hacia mí, me repasa y suelta—: ¿Y tú a qué te dedicas, galletita? ¿Cuál es tu *expertise* lejos de tus vacaciones? Porque organizar una boda no cuenta como trabajo de verdad.

—¿Galletita? —oigo gruñir a Hallie por lo bajo.

—¿Vacaciones? Es quien nos ha salvado la vida —Rówan sale en mi rescate.

—Si tenemos boda es gracias a ella y a Hallie —se suma Caroline y no me pasa por alto la forma en que Elena la repasa de reojo.

Abundan las miradas venenosas a Caroline cuando cree que nadie la mira.

—Gracias por incluirme, pero aquí la jefa es ella —dice Hallie.

—Ya, por eso vas así vestida —Kyrie se apoya en el respaldo de su silla poniendo un brazo por encima del de la mía—. Pero imagino que harás algo más con tu tiempo, ¿no? ¿De qué trabajas?

La mesa se queda en repentino silencio a medida que la falta de respuesta se me acumula en la boca. *Mi madre. El año sabático. Lo atrás que me he quedado. Lo perdida que todavía me siento. Hallie ya está fichada en un laboratorio y yo... ¿y si no puedo volver a estudiar? Quiero, lo deseo, ¿pero y si ya no soy buena como antes?*

—No tengo trabajo. Todavía no he terminado la carrera —resumo.

—Ah, perdona. Creía que ya tenías veintidós.

—Cumpliré veintitrés de aquí a unas semanas —admito.

Su boca se abre y se cierra varias veces. Luego se gira hacia mi hermano.

—Pues sí que le está costando graduarse. ¿Qué pasa, Rówan? Te quedaste con todo el cerebro de los Evil, ¿o qué?

Elena estalla en carcajadas y Sloane suelta los cubiertos de golpe. No me atrevo a mirar a Knøx porque siento vergüenza. Y miedo. Algo que me ha rondado la cabeza durante todo este año es: ¿y si mi potencial se fue a la basura cuando lo hizo mi estabilidad emocional? ¿Y si ya no vuelve?

—Mi hermana te da cien patadas, Kyrie, no la subestimes —comenta Rówan con toda la tranquilidad del mundo.

—¿Y entonces? ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué no estás graduada? —insiste acorralándome—. Ostras, no me había percatado, ¿tienes un ojo de cada color?

—Igual es porque no se los estabas mirando —suelta Hallie.

—Qué raro, ¿los tienes así desde que naciste? —me mira como si dudara si es contagioso.

—No es tu empleada, deja de interrogar a Fiona como si te debiera algo —la voz gutural de Knøx es como un rayo que cae en plena mesa y me achicharra.

Elena se carcajea, pero ni la oigo. Estoy muy ocupada mirando a hombre que parece a punto de arrancarle la cabeza de los hombros a Kyrie. Estoy temblando cuando Elena se inclina hacia Knøx haciendo que su escote se vuelva aún más pronunciado.

—Siempre ayudando a los más necesitados, ¿eh? —Elena le pone e índice en la barbilla y en un movimiento rápido, le… *le besa*.

El mundo deja de girar, se agrieta, se rompe. Aprieto la servilleta en mi regazo. Estoy tan asqueada, tan en shock que ni siquiera puedo percibir que Kyrie se revuelve a mi lado.

—Guardaros algo para más tarde —dice Caroline con una risita incómoda.

—Y dime, Knøx —la voz de Kyrie suena gélida—. ¿Has pensado en mi oferta? Es muy buena.

—¿Qué oferta? —pregunta Rówan.

—Para ti, sí —responde Knøx escueto, tajante, capaz de doblar e tenedor con su furia.

—Mi padre tiene mucho más dinero del que tú y tu pequeña app podréis acumular jamás —remarca con acidez disimulada tras una sonrisa repugnante—. Es lógico, tú estás solo y yo vengo de un linaje de empresarios. Una gran familia. Lo mejor es que nos cedas los derechos.

¿Acaba de recordarle que no tiene padre? Dios, ¿arruinaría la cena si le clavo el tenedor en la tráquea a este elemento?

—Suena muy interesante, cariño, ¿por qué no me habías contado nada? —le pregunta Elena abriendo mucho los ojos.

—No te cuento tonterías para que no te aburras. Solo lo relevante – responde inexpresivo, a lo que Kyrie suelta una risita ofendida.

—¿Quieres que obre mi magia, Kyrie? Puedo convencer a este hombre de casi cualquier cosa.

—Te lo agradecería mucho, preciosa —alarga la mano por encima de la mesa para coger la de Elena y besarla—. Eres un encanto.

Se ponen a hablar, así que me permito ceder y prestar atención a quien me taladra con la mirada. Se lo veo en los ojos. Lo que quiere. Lo que estaría dispuesto a hacer ahora mismo.

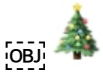
Ay, dios. Ay, madre, no.

Sacudo la cabeza de forma breve y disimulada, desviando la mirada hacia Caroline, hacia mi hermano, lo cual hace que me sienta sucia

Asqueada por tener que pedirle que siga. Odio que sea la única alternativa. El resto de la cena Elena no se molesta en disimular en que cama quiere desnudarse esta noche y el tonto de Kyrie está tan cegado por su ego que no se da cuenta de que no es el cazador en esta sabana.

Capítulo 17

Fiona



Estoy en la sala de «solo personal autorizado» de la recepción cuando Knøx entra y me abraza desde detrás.

—Lo siento.

—No te disculpes, no has sido tú. Soy yo la que siente no haberle tirado una copa por encima a esa asquerosa cuando se ha creído con el maldito derecho a besarte como si fueras de su prop... —sella su boca con la mía y me besa como si estuviera recuperando algo que es suyo y que alguien ha intentado robarle, y si esta va a ser nuestra nueva manera de tener conversaciones puede estar seguro el mundo entero de que no voy a quejarme.

Me pego a su cuerpo, me agarro a su cuello hasta que no hay espacio entre nosotros, ni entre nuestras lenguas. El beso es desesperado cargado de algo silencioso, desconocido y vibrante que me contrae el estómago con lava y mariposas.

Es una súplica. *Me está suplicando*.

—Knøx —gimo queriendo darle cuanto quiera, cuanto me pida todo.

—Necesito hablar contigo. No puedo esperar a después de la boda.

—¿Estás seguro de que si tenemos *esa* conversación, vas a poder...?

No lo digo, pero no hace falta. Él endurece la mandíbula y maldice probablemente, el día que conoció a mi hermano y decidió hacerse su

amigo. Al menos, eso es lo que gritan sus ojos antes de que se marche *Están acostumbrándose a mostrarse de lo más expresivos y si esto sigue así, no voy a llegar viva a la próxima Navidad.*

Esa noche mientras Hallie y yo vemos a Amanda Woods colarse perdidamente del guapísimo Graham en The Holiday, pienso en que n siquiera sé lo que Knøx quiere de mí y yo ya estoy enamorada. *Vale quizá ya llevo un tiempo así. Mucho.* Y puede que ni siquiera sepa señalar el momento concreto. Pero la noche que Knøx me llevó a hospital, por terrible que suene, es la que me viene a la mente.

OBJ 💍💍

Mamá y Rówan (que llegó ayer de la NYU) han ido a comprar según la nota que encuentro luego en la cocina, así que cuando la hija pródiga llega de la universidad y aparca su culo y su coche en la entrada, n-a-d-i-e está en casa para recibirla. #QuéVergüenza.

—Y papá trabajando, genial. El próximo año me quedo en el campus a pasar mis vacaciones de primavera —miento como una bellaca abriendo la nevera y sacando un par de tortitas de chocolate —. No, ni lo intentéis, no vais a camelarme con dulces. Me iré para no volver jamás.

Estoy bailando al ritmo de Messy de ROSÉ cuando llaman a la puerta. Para entonces ya estoy con el pantalón rosa a cuadros de pijama y una camiseta ancha que poder manchar con el helado que pienso robar del congelador como postre a mi cena de tortitas.

—¿Os habéis dejado las…? —enmudezco al ver que no es Rówan, ni mamá. Es él—. Vaya fíjate lo que ha dejado caer el camión de la basura.

—Tienes que venir conmigo.

Esa no es la respuesta que esperaba. Su expresión tampoco es de burla. Es de dolor. Extiende su mano hacia mí y frunzo el ceño.

—¿A dónde?

Se pasa dicha mano por el pelo. Irritante o no, siempre ha tenido un pelazo.

—Al hospital.

Mi mente y todas mis tonterías se silencian en un solo segundo.

—¿Cómo has…? ¿Qué?

—No sé cómo decirte esto. De verdad que lo siento mucho. Rówan me ha llamado a mí porque tú no lo cogías. Tu padre ha tenido un infarto. Tu madre y Rówan ya están de camino. Vamos, te llevo.

—Oh, dios mío —entro en casa de nuevo, sin oírle si me llama, no cerrar la puerta. Busco las llaves de mi coche. La música sigue sonando. Apago el altavoz tirándolo de la encimera y me llevo las llaves sin preocuparme de coger el móvil. Mi objetivo era poner un paso delante de otro, salir de la casa, ir tachando deberes de mi lista de quehaceres, pero no contaba con ese inmenso muro—. Apártate.

—No estás para conducir, es peligroso.

—Puedo hacerlo sola.

Me coge las mejillas, que solo entonces soy consciente de lo empapadas que están, y me levanta la cabeza. Pese a que me detesta no hay más que dolor por mí en sus ojos.

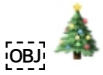
—Por favor, deja que te lleve.

Asiento. Knøx no se queja cuando me derrumbo en el asiento de copiloto, ni cuando lloro desconsolada. Solo me ofrece pañuelos. Su entereza no me resulta fría. No, cuando su mandíbula está tensa como una roca. No, cuando usa cada oportunidad que tiene para coger mi mano y apretarla con fuerza.



Capítulo 18

Knøx



Estoy con el novio, que está hecho un puto flan. Es Navidad, falta menos de una hora para que empiece la ceremonia y sé que no estoy sirviendo de nada. Sentado en ese sillón me reconozco que soy el peor padrino de la historia. ¿Pero sabes qué otra cosa se me da como el puto culo? *Actuar*. Actuar como que Fiona no me importa. *Ya, debería tener práctica*. Y la tenía. Pero claro, eso era antes de probar el sabor de sus labios. De oír los gemidos vulnerables que hace cuando se rinde a mí. De ver el alivio en sus ojos cuando le cuento que no soy la escoria que cree. *Eso no vale medio millón, vale todo lo que tengo.*

¿Cómo voy a decirle que he trabajado durísimo para que pueda poner su propia librería de romantasy y generarme una deuda mensual de treinta mil dólares, como mínimo? ¿Que quiero que tengamos una relación, una que sea 50/50: ella existe y yo la cuido el resto de nuestras vidas?

Nunca he sido bueno con las palabras y es una mierda, ahora más que nunca.

—Eh, tierra llamando a Suecia. —Rówan me mira a través del espejo.

—¿Necesitas ayuda con la pajarita?

—No, no es eso —dice, empezando de nuevo—. Oye, ¿de verdad estás con Elena?

—Solo follamos —miento—. No es nada serio.

—Ya me lo imagino, ¿pero por qué?

—Es complicado —me excuso cogiendo mi propia corbata para mantenerme ocupado.

—Ni siquiera te cae bien, tío. Además, mi hermana… —Se calla.

—¿Qué pasa con ella?

Exhala y deja de luchar contra su pajarita. Le da la espalda al espejo para encararme.

—Fiona ponía picante en tu pizza cada vez que te quedabas a cenar. Mucho. Solo para fastidiarte.

—Lo recuerdo.

—Tú te tragabas guindillas enteras sin pestañear, para ti esa salsa no era nada. Pero te hacía gracia ver lo mucho que se reía Fiona mientras tú te "morías" de asco y dolor, así que montabas un espectáculo.

Agacho la cabeza. Joder, estoy sonriendo como un gilipollas.

—Te lo pregunté una vez y me dijiste que no, Knøx. No volví a sacar el tema porque te pusiste raro de cojones. Pero durante toda nuestra vida, ella y tú…

—Mucho más yo que ella, pero sí —admito al tiempo que una sonrisa tira de sus labios—. ¿Lo sabías?

—Era sospechoso que todas tus novias fueran pelirrojas, ¿cómo de tonto crees que soy?

—¿Es una pregunta trampa?

Se ríe, me da un puñetazo en el bíceps y siento que la tensión se reduce un poco.

—¿Por qué nunca se lo has pedido, Knøx? Es porque es mi hermana pequeña, ¿verdad? ¿O por la diferencia de edad?

Por eso.

Y porque Fiona Evil no es de la clase de persona que superas si la pierdes. Lo supe en cuanto la vi. Sentí algo… *espiritual*. Como si hubiera vivido una vida entera con ella y supiera el daño que podría llegar a hacerme, como si supiera todo el poder que conllevaba en sus diminutas manos de renacuaja. Conseguí apartarme de ella un tiempo ser distante.

Pero me abrazó, sollozando y hablando de mi hermana, e hizo pedazos todos mis escudos. Después de eso, ya no había nada que hacer. *Esto ha sido cosa tuya, ¿verdad, Khära? Supongo que tú sabías tan bien como yo, que cuando la tocara, ya no habría vuelta atrás. Nadie podrá decir que no he intentado frenarlo.*

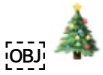
—Vale, no hace falta que me lo digas, si no quieres, pero... Sois adultos, la diferencia de edad ya no es relevante y, Knøx,... Tú siempre serás parte de mi familia. Lo sabes, ¿verdad?

—Joder, tío. Deja de hablar —esta vez soy yo quien le da un puñetazo en el bíceps.

Negaré si alguien pregunta, pero también nos damos un abrazo.

Capítulo 19

Fiona



Elena no está por ninguna parte, así que Hallie y yo ayudamos a la novia con los últimos detalles. Eso sí, lo hacemos con la radio de todo lo-que-puede-salir-mal sintonizando (ergo, la señora Green). Por suerte, hay no sé qué inconveniente con no sé qué fotos y baja a la planta baja a regañar al responsable. Quizá sea Tom. Mi hermano debería triplicarle el sueldo.

—Fiona, ¿puedes contarme algo de Rówan que no sepa? —pregunta volviendo aplicarse pintalabios a unos labios ya pintados.

—Cuando tenía cinco años, me encantaba disfrazarme de Sabrina, la bruja. También tenía un Salem, claro, salvo que era una bola de camisetas unida por unos hilos negros y... bueno, para no aburriros...

—No, por favor. *Abúrrenos* —pide Hallie tapándose la cara, a punto de llorar de risa.

—Tenía *cinco* años —estrecho la mirada y carraspeo, volviendo a Caroline—. El caso es que me gustaba tomarle el pelo a mi hermano fingiendo que mi Salem también hablaba. Mis padres debieron pensar que era una especie de amigo imaginario, así que papá... —se me curva la sonrisa al recordarlo—. Papá le pidió a Rówan que me siguiera la corriente, pero en cuanto bajé a Salem a merendar conmigo y empecé a contarle cómo me había ido el día soltó con los ojos muy abiertos

«¿sabes que son camisetas, no? ¡Ay, papá deja de darme patadas por debajo de la mesa que estoy hablando con Fiona!».

La carcajada de Caroline es lo más contagioso que he oído nunca. Hallie se da golpes en la pierna mientras se ríe sin emitir sonido alguno. La personalidad de Rówan siempre ha estado marcada por su honestidad y espero que eso tranquilice a la novia en un día como hoy.

La señora Green vuelve y se lleva a Caroline para las fotos individuales.

Hallie y yo nos enfundamos en los vestidos y aunque quince minutos después, cuando se abren las puertas del ascensor, estoy sola también estoy bastante segura de que no me lo he imaginado todo. Pero cuando Knøx R. Mørtis me mira, dudo si en realidad no ha pasado y estoy completamente desnuda. El nivel de vulnerabilidad está por las nubes y creo que voy a caerme al suelo.

—¿Te gusta mi vestido? —pregunto.

Es esmeralda. *Aquí cada uno que saque las conclusiones que quiera.*

—Estás más gremlin que nunca.

Me tiemblan las piernas. Todo lo que dice este hombre, y lo que no dice, va a acabar conmigo. Tampoco ayuda lo guapísimo que está con ese traje. Es una escultura andante, para variar: intimidante de narices. En cuanto se cierran las puertas, me coge de la mano y parece no tener intención de soltármela ni cuando lleguemos abajo. Me da las gracias no sé por qué, pero mi corazón esprinta como loco porque *sí sabe* la razón por la que no me ha besado. La misma por la que no lo he hecho yo.

La ceremonia es preciosa. Mi hermano llora. Caroline llora. Sloane llora. Y ya está, ahí acaba la gente que… *vale, lo admito*. Hallie también llora.

No pierdo de vista a Elena en ningún momento. Está tonteando abiertamente con Kyrie, pero me fío tan poco de ella (y de él, que no para de mirar a Knøx para asegurarse de que lo está viendo todo) que casi estoy a punto de empujar a los novios hacia la salida del hotel.

Tras el banquete, después del baile y las fotos, cuando los novios están a punto de marcharse, le doy un buen abrazo a mi hermano y le

pido que evite que Elena o la señora Green contacten con Caroline hasta que vuelvan de la luna de miel.

Rówan debe confiar mucho en mí, porque accede sin hacer preguntas.

Knøx no está cuando se marchan al aeropuerto en un coche bochornosamente decorado, se ha ido hace un rato y no sé a dónde. Lo busco y lo bueno es, que no tardo en encontrarlo.

Empujo la puerta de «solo personal autorizado» y lo veo sin la chaqueta del traje, con la camisa, que no es lo bastante grande para las dimensiones de su espalda, remangada y unas GAFAS puestas. *Nuevo fetiche desbloqueado*.

—¿Estás trabajando? —desvío la mirada hacia su portátil.

—Dices *trabajando* como si fuera algo ilegal y muy perturbador.

—Estás en la boda de tu mejor amigo, es muy perturbador.

—No podía seguir viéndote bailar y no acercarme a ti. No tocarte. Estos días he superado por mucho el nivel de tortura que puedo soportar.

Dios, este hombre tiene que darse cuenta pronto de que lleva toda la vida siendo un estoico silencioso y que todas esas palabras me hacen de todo. Más incluso que sus gafas, fíjate lo que te digo. *Madre mía ¿cómo pueden quedarle tan bien?*

—Pues te alegrará saber que ya eres libre.

—¿Se han ido?

—Sí y Caroline no mirará su móvil hasta que vuelvan de la luna de miel, así que ya está: lo has conseguido. La única pega es que Elena también ha conseguido a Kyrie, se estaban enrollando en… —se mueve tan rápido que en un segundo ya no está en la mesa sino frente a mí a un escaso palmo de mi cara.

El beso es urgente, hambriento, me atrae hacia sí y se hunde en mi boca como quiere.

—Entonces, ¿podemos hablar? —pregunta cuando se separa.

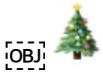
—¿Vas a desearme Feliz Navidad?

Sacude la cabeza.

Asiento y espero, pidiéndole a mi corazón que se calme, que no pasa nada si Knøx no siente nada por mí más allá del evidente deseo sexual. Le susurro que nos recuperaremos, aunque sé que no es cierto.

Capítulo 20

Fiona



Knøx no se pasea, solo me mira, me coge la misma mano que en e ascensor y lo suelta todo como si esas palabras fueran la única lengua que conoce.

—Siempre has sido mi debilidad, Fiona. La debilidad de un hombre que odiaba sentirse débil. Me asustaba no tener en absoluto el contro porque era igual que revivir la pérdida y ausencia de mi padre. —Traga saliva, su nuez parece rasgar el recorrido a través de su garganta—. Me asustó perderte muchos años antes de tenerte. Durante un tiempo me convencí de que podría sobrellevarlo solo con protegerte. ¿Crees que era casualidad que cada vez que salías a correr por la noche la luz de la entrada de mi casa estuviera encendida? Estaba en el jardín pelándome de frío, gruñendo para mis adentros mientras miraba de forma obsesiva el reloj hasta que pasaban cuarenta minutos y te veía volver. Quería salvarte de todo lo malo que pudiera ocurrirte. Pero sobre todo, de mí.

—¿D-de ti? ¿Por qué ibas…?

—Era mucho mayor que tú.

—Cumplí dieciocho hace la tira de años, ¿sabes?

—No hay nadie que te merezca. Yo tampoco. Eres…

—*Knøx* —jadeo, pidiéndole que deje de hablar antes de que acabe conmigo.

—¿Explícame qué criaja de dieciséis es más lista que dos veinteañeros de universidad? ¿Y qué niña de ocho años repara tan poco en su aspecto que acaba con el vestido de su cumpleaños hecho un trapo por jugar donde le da la gana? Eras un caos, la cosa más desordenada que he visto nunca y ponías todo patas arriba en segundos. Pero también un portento, divertidísima y jodidamente preciosa. —Aprieta los dientes, inhala de forma entrecortada—. Intenté no enamorarme de ti. Puse tanta distancia entre nosotros que ni siquiera me permitía pronunciar tu nombre en voz alta. Pero aun así me resultó imposible.

—Knøx, me estás matando. —Acaricio sus brazos, su cuello, hundo las manos en su pelo al tiempo que él me coge de la cintura, me levanta y me sube a una encimera.

—Podría suplicarte de rodillas, Fiona. ¿Quieres que lo haga?

—*No* —le rodeo la cintura para impedirlo, pero eso alinea nuestros cuerpos de una forma que... *dios*—. Lo que quiero es que me beses. Que no vuelvas a no-besarme nunca más.

—Aún no he acabado. Fiona, sé que no te merezco, pero... —pega nuestras frentes mientras clava un poco más sus dedos en mi piel reclamándome—. Te quiero. Me encantaría pasarme la vida intentando estar a tu altura. Cuidándote, protegiéndote y amándote.

Tocada y hundida.

—Por favor, hazlo.

—¿De verdad quieres?

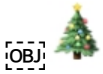
—¿Que si d...? En el cajón del escritorio de mi habitación, en mi antigua casa, hay mil doscientas trece tarjetas escritas a mano. ¿Quieres saber sobre qué, Knøx? Palabras en sueco. Ninguna útil, solo «cartulina», «trípode», «canelón» y mil doscientas nueve más. No hay un lugar en el mundo al que puedas largarte que vaya evitar que piense en ti. Podría rebatirte durante horas sobre que soy yo quien no está a tu puñetera altura, pero no importa. Podemos ser dos personas enamoradas que no creen merecerse el uno al otro, pero seámoslo juntos, por favor. Porque yo también estoy dispuesta a suplicar.

Su sonrisa... dios, es épica. Knøx funde sus labios con los míos como si toda la física que se conoce se hubiera reducido a dos cuerpos y un único punto de colisión: nuestras bocas. Se hunde en mí de forma

vertiginosa y me empuja al ardiente centro de la Tierra. Su erección se roza contra mi centro, yo le muerdo y él me come. Voy perdiendo ropa meciéndome en el océano de sus caricias que parecen comprobar si de verdad estoy en sus brazos. *Debemos estar hechos el uno para el otro porque yo hago exactamente lo mismo*.

Epílogo

Knøx



Tres años después, bajo las luces de diciembre.

Esta mañana, el periódico ha anunciado el hundimiento empresarial del linaje Smith por fraude y corrupción, y no creía que pudiera olvidarme del tema.

Por otra parte, en estos momentos estoy en una videollamada con Hong Kong, en mitad de algo que mucha gente consideraría importante. Pero esa gente no conoce a mi mujer y acaba de irrumpir en mi despacho. Se ha tumbado en el suelo, extendido brazos y piernas y resoplado de forma dramática.

Me preguntan que por qué sonrío y después de decírselo, cuelgo y apago el monitor.

—Estás muy sexy hablando en chino.

Le doy las gracias en chino mientras me levanto y bajo las cortinas sintiendo por primera vez que de verdad me alegro de haber aprendido el idioma.

¿Negocios? Bah.

¿Fiona? Joder, sí.

—¿Quieres contarme qué te pasa, mi amor? —«mi amor» siempre ha sido una de las variaciones de gremlin.

—No voy a saber cómo dirigir un laboratorio. Soy una novata. Acabo de terminar el postgrado —suelta un mini-discurso rápido que haría sentir orgulloso a Eminem y concluye con—: Soy un fraude.

—No eres un fraude.

—No te rías de mí.

—Es que eres adorable.

—¿Desde cuando es adorable dudar de las aptitudes científicas de una?

—No sé, desde que tú lo haces —me encojo de hombros—. ¿Puedo llevarte a comer?

—No me lo merezco. Que. No. Te. Rías.

La levanto y me la llevo al sofá. La coloco encima mío, a horcajadas.

—Vale, me mantendré serio, pero te recuerdo que vas a tener una sobrina dentro de muy pocos días. La primera. Y que, como Caroline mi madre, Hallie y tú sois las únicas referentes directas de empoderamiento femenino que va a tener esa niña, debes «echarle ovarios y no cagarte encima».

—¿Me estás citando?

—Es que eres más lista que yo.

—¿Puedes casarte conmigo?

—¿Otra vez?

—Bien visto.

—Sí, también tengo mis momentos.

Al enterarse de lo que estuvo a punto de hacer Elena Smith Caroline dejó de hablarle y cuando su madre no se posicionó de su parte… bueno, digamos que no están pasando un buen momento. *A mis ojos, Caroline ha salido ganando. Si no vuelven a verse nunca más mejor que mejor.*

—Momentazos.

Fiona se inclina hasta frotar sus pechos contra mí, rozando mi inevitable erección con su centro al tiempo que me mete la lengua y me besa sabiendo *todo* lo que me hace. Me tenso, gruño apretándola contra mí y ella da un respingo.

Sé que no deberíamos, no aquí, pero la verdad es que lo que no sea «cumplir los deseos de la mujer de jersey navideño que tengo entre los brazos», me importa muy poco.

—Te he echado mucho de menos estos días. No pienso volver a hacer un examen nunca más —dice antes de dejar que le dé un beso que es todo lengua y que la frote contra mí hasta hacer que se corra.

¿El día que me muera? Por favor, esto, quiero ver esto.

Tira de mí hasta mi baño privado y si no fuera porque soy mi propio jefe, me despedirían por las actividades ilícitas a las que dedico mi siguiente hora laboral.

Al final sí la llevo a comer.

—Pero si ya me has dado de comer —suelta porque está claro que quiere ponerme cachondo otra vez—. ¿Te he dicho cuánto te quiero?

Dios mío.

Caminamos de la mano por la abarrotada ciudad de Chicago. Al llegar al restaurante, indago si por algún casual ha cambiado de opinión. Llevo un tiempo tanteándoselo: dejar la biotecnología y mudarse conmigo a una isla desierta. Sé que acaba de terminar sus estudios y todo eso, pero soy un tío ambicioso y voy a por todas.

—Tú no tienes una isla desierta, tío listo.

—¿Estás diciendo que lo que hace falta para que lo dejes todo, es que compre una isla desierta?

Se pone roja. Se esconde tras su plato de sushi. Biotecnología 1 Knøx 0. *Voy a escribir una carta de reclamación a una pareja de MacAlisters que no me conocen… todavía.*

—En esa isla desierta… ¿cabría Hallie? —tantea.

—Sí.

—¿Y Rówan y su familia?

—Claro.

—¿Y la gente de mi laboratorio? Ahora están a mi cargo. Tengo que pensar en ellos. Y en nuestro gato, Salem. ¿Podríamos llevarnos todo eso? ¿Podríamos?

Algún día, quizá.

Du är mitt allt, Fiona Mørtis.

Nota de la autora

LMR

He-he-hello, ¡feliz Navidad! Pasa, pasa, este es el rincón de las galletas de jengibre y hay espacio para todos. Soy **LMR** (Laura Moreno Romero) y espero que hayas disfrutado de la novela corta *un reencuentro indeseado bajo las luces de diciembre*.

Si te ha gustado, una reseña me haría más feliz que **a Knox casarse con Fiona.** Me en-can-ta leerlas y compartirlas en mi Instagram (lmr_author_) mientras lloro, pero en plan navideño, **no te asustes** :')

Esta historia forma parte de una mini serie llamada:

Christmas shorts



Si te interesa conocer la historia de los mencionados John-Luke & Daisy **MacAlister**, los biotecnólogos que le robaron el corazón a **Fiona**, la encontrarás en mi perfil de Amazon, bajo el nombre de **JOHN-LUKE**. *Fácil, ¿eh?*

Que el espíritu de la Navidad te acompañe y de paso... **te traiga jerséis navideños horrorosos que hagan que alguien se enamore de ti.**

Gracias por leerme, ¡por muchos romances más!
L M R